

PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO DE CHILE
Primer Congreso del PCR de Chile. Febrero 1966. (*)

"Las armas de la crítica no pueden, claro está, reemplazar la fuerza de las armas, la fuerza material debe ser rechazada por igual fuerza material; pero también la teoría se vuelve fuerza material tan pronto prende en las masas."

Carlos Marx

INTRODUCCION A LA 2da. EDICION

El Proyecto de Programa de los Comunistas Chilenos (marxista-leninista), aprobado en el 1er Congreso del Partido Comunista Revolucionario es un documento histórico que nos ha permitido.

- 1).— Unir en torno a él a los verdaderos marxistas-leninistas chilenos.
- 2).— Entregar a nuestro pueblo un instrumento de lucha y unidad que contemple sus anhelos más sentidos y le señale el camino para liberarse de la miseria, la explotación y la opresión.

En el corto tiempo que nuestro Partido ha tratado de llevar a la práctica este Programa, él ha demostrado su justeza y su valor. Sin embargo, por las condiciones concretas en que fue elaborado, principalmente por la carencia de una práctica más amplia y profunda, existen algunas omisiones y, al mismo tiempo, ciertas formulaciones necesitan ser precisadas y enriquecidas. Esta tarea tendrá que cumplirla nuestro próximo Congreso. No obstante esto, en esta nueva edición hemos pensado que es necesario agregar, en forma de notas, algunas ideas. Estas, sin modificar su texto original, nos permitirán ayudar a dicho proceso de enriquecimiento a fin de que nuestro Programa sirva en forma cada vez más efectiva a la lucha revolucionaria de nuestro pueblo.

INTRODUCCION

Un programa político establece las transformaciones y realizaciones que una organización, encabezando un movimiento de opinión y de acción, se propone llevar a cabo en una sociedad y en una época histórica determinadas.

En una sociedad dividida en clases sociales, las organizaciones políticas y sus programas representan determinadas fuerzas e intereses de clase. Este programa es, fundamentalmente, un programa del proletariado, fuerza social que, al emanciparse, liberará a la sociedad en su conjunto de toda forma de explotación.

Un programa completo debe contener tres aspectos fundamentales: 1° un análisis de lo que la sociedad es; 2° una exposición de los objetivos programáticos o transformaciones que se persiguen, es decir, lo que dicha sociedad **debe ser**; y 3° el planteamiento de **cómo actuar**,

para el logro de los objetivos trazados en el programa. En otras palabras, un análisis teórico y concreto de la sociedad cuyo cambio revolucionario se pretende efectuar; la determinación y enunciación del tipo de cambios de fondo que se piensa introducir en ella, y finalmente, la estrategia y táctica que se utilizarán para conseguirlo.

El análisis de la sociedad chilena contenido en este programa, así como las transformaciones que en él se plantean y los procedimientos de lucha para lograrlas, han sido hechos desde el punto de vista del socialismo científico o marxismo-leninismo ⁽¹⁾. Esta teoría científica representa el método más completo y objetivo de análisis de la sociedad capitalista, así como de las leyes de su transformación en socialismo y constituye, por ello, el arma más contundente del proletariado y de las otras clases oprimidas, para comprender la sociedad en que viven y transformarla en su beneficio de un modo revolucionario. El marxismo-leninismo ha comprobado su justeza, no sólo en una confrontación teórica con otras ideologías, sino, también, a través de la práctica histórica del último siglo, conduciendo a importantes triunfos y a su liberación a millones de trabajadores que se han guiado por sus enseñanzas para combatir. Por todo lo anterior, el marxismo-leninismo es la ideología que ha hecho suya el proletariado, clase social a la cual pertenece el futuro y que, por lo mismo, nada tiene que temer de la verdad histórica expresada en el socialismo científico. A las clases sociales reaccionarias, en cambio, condenadas a desaparecer, les interesa falsear la realidad, como una manera, de impedir o retrasar la toma de conciencia por parte de los explotados del inevitable derrumbe del capitalismo y del papel decisivo que pueden jugar, como fuerza social, en este proceso. A esto se debe que los sectores retrógrados combatan al marxismo-leninismo, el que traten de impedir su difusión, o bien, intenten en alianza con los "revisiónistas" de esta teoría, deformarlo y tergiversarlo.

Las formulaciones del socialismo científico, sin embargo, no deben ser utilizadas como dogmas inmutables. Por el contrario, como teoría de la transformación de la sociedad exige, de acuerdo a sus propios fundamentos dialécticos, una renovación creadora cada vez que los cambios objetivos así lo reclaman. No obstante, el marxismo-leninismo, en su estudio de la sociedad dividida en clases y de las leyes de su transformación en una sociedad socialista, ha llegado a ciertas verdades fundamentales, demostradas reiteradas veces en la teoría y en la práctica, cuyo abandono significa renegar de los aspectos esenciales de esta doctrina. Este abandono de ciertos principios básicos del marxismo o su deformación oportunista es lo que se ha llamado corrientemente, "revisiónismo".

Incluso, actualmente, aprovechando la crisis de algunos Partidos Comunistas, cuyos dirigentes han abjurado del marxismo para entregarse en brazos de viejas posiciones oportunistas, han surgido, como aparente reacción contra este fenómeno, algunos planteamientos erróneos y reaccionarios, que no constituyen en el fondo, sino otra forma un poco más sutil y oculta de revisionismo. Hay quienes plantean, por ejemplo, ante la crisis mencionada, que no se trata de retornar a las enseñanzas básicas, del marxismo, abandonada por los revisionistas y de reorganizar los Partidos Comunistas con un criterio leninista, sino de desechar dicha teoría y estos partidos por caducos y anticuados. La actitud de quienes sustentan este falso planteamiento se complementa, a menudo, con la exigencia de una postura neutralista frente a la actual polémica contra el revisionismo y con su rechazo a la estructuración de partidos comunistas de corte leninista. De esta manera, junto con descalificar al marxismo y a quienes en él se inspiran, pretenden desconocerles el derecho a enfrentarse con el revisionismo contemporáneo mostrando, teórica y

¹ Este párrafo presenta una seria omisión al no referirse al maoísmo, o sea, el marxismo-leninismo de nuestra época. No sólo toda la práctica de la Revolución China hasta su etapa actual de triunfo de la Revolución Cultural Proletaria, sino que, la triunfante lucha revolucionaria de muchos pueblos del mundo, demuestran la validez universal del maoísmo y que de él se desprenden verdades generales que han pasado a formar parte del marxismo-leninismo, contribuyendo a su auge y desarrollo.

prácticamente, su falsedad y su carácter contra-revolucionario. No obstante, la polémica internacional contra el revisionismo y la lucha de los partidos que se inspiran en el marxismo-leninismo, han demostrado ya, que los errores y claudicaciones de los oportunistas de nuestra época, no derivan de que el socialismo científico y los partidos leninistas hayan caducado, sino de la traición a ellos en que han incurrido los revisionistas.

Para aplicar correctamente el socialismo científico al estudio de la sociedad chilena, con el propósito de formular ciertos objetivos programáticos fundamentales y trabar una estrategia y una táctica para lograrlos, no es suficiente mantenerse fiel a las enseñanzas esenciales del marxismo. Es preciso, al mismo tiempo, tomar en cuenta cuidadosamente las características concretas y específicas de nuestra realidad nacional en la época presente, para combinar la verdad universal del marxismo con la práctica de nuestra lucha revolucionaria.

CAPITULO I

ANALISIS DE LA REALIDAD NACIONAL

Del análisis concreto de nuestra realidad nacional, a la luz del marxismo-leninismo, deben surgir, tanto las realizaciones programáticas que es necesario aplicar en cada etapa del proceso revolucionario para la transformación del país en beneficio del pueblo, como la estrategia y táctica por las que es preciso guiarse para realizar dichas transformaciones.

El análisis de Chile debe destacar los aspectos fundamentales del papel que juega la revolución chilena en el contexto de la lucha internacional contra los explotadores, así como las características principales del país en el orden interno, especialmente, desde el punto de vista económico y social.

1.— CHILE EN EL MUNDO ACTUAL

La lucha de los trabajadores chilenos por terminar con la explotación en nuestro país, se desarrolla actualmente en el siglo en que se está produciendo el paso del capitalismo al socialismo y la construcción de este último en una serie de naciones; en los tiempos en que se produce una acelerada descomposición del capitalismo monopolista y de su sistema colonial y en que los pueblos, en mayor o menor grado se independizan del imperialismo; en una época precursora del fin de la explotación del hombre por el hombre.

Las contradicciones de clase existentes en la sociedad chilena, son parte integrante de las grandes contradicciones que operan en el mundo actual y se encuentran, en un grado considerable, determinadas y condicionadas por ellas. Por su parte, las contradicciones existentes en nuestra época no son más que la manifestación actual de la lucha secular entre explotados y explotadores.

El porvenir de la revolución chilena depende, en una importante medida, de la correcta evaluación y uso que hagamos de las contradicciones fundamentales de nuestro tiempo, tales como: la del socialismo con el imperialismo; la que existe entre el proletariado y otras fuerzas progresistas del mundo capitalista y la burguesía y demás clases dominantes; la existente entre las naciones oprimidas y el imperialismo e, incluso, la oposición entre unas clases reaccionarias y otras y entre las naciones capitalistas entre si. La Revolución Chilena es parte integrante de la revolución mundial. Los enemigos de la revolución mundial son, también, los enemigos de nuestra propia lucha contra la explotación. Para combatir a las fuerzas reaccionarias internas y de carácter internacional, debemos integrarnos y contribuir al fortalecimiento del Frente Único de las fuerzas revolucionarias que se les oponen en el mundo entero. Las fuerzas revolucionarias tienen actualmente como, base al campo socialista ⁽²⁾; al proletariado y sus aliados en los países capitalistas y a los pueblos de las naciones semi-coloniales, coloniales y dependientes.

En el momento presente, la reacción internacional, está capitaneada por el imperialismo norteamericano, enemigo número uno de los pueblos del mundo. El imperialismo yanqui, en efecto, es hoy por hoy, la sede de los más poderosos monopolios capitalistas; el mayor explotador internacional a través de sus inversiones, propiedades u ocupaciones militares en el extranjero; el poseedor del más grande arsenal bélico del mundo capitalista y, como resultado de todos estos factores, el más sanguinario, cruel y agresivo núcleo contra-revolucionario.

Los pueblos de las naciones coloniales, semi-coloniales y dependientes constituyen, en su lucha revolucionaria y emancipadora, la más formidable contradicción interna del campo

² En estos momentos, en manos de los revisionistas contemporáneos, la concepción "campo socialista" constituye una máscara destinada a disfrazar la traición al marxismo-leninismo, el chovinismo de gran nación y el socialimperialismo que la dirección del PCUS ha impuesta a la política exterior de la URSS. Pensamos que sólo pueden formar parte del campo socialista aquellos países que construyen el socialismo basados en el marxismo-leninismo-maoísmo.

imperialista y, por lo mismo, un factor determinante en su derrumbe. Entre ellos y el imperialismo existe un intenso antagonismo, debido a que los monopolios capitalistas se esfuerzan por descargar sobre sus colonias y países dependientes, el mayor peso de la crisis que sufren a consecuencia de la competencia económica creciente que les hace el mundo socialista y otras naciones capitalistas; a las necesidades del armamentismo y de su política agresiva; al golpe que les significa la liberación, en mayor o menor grado, de una serie de países coloniales y dependientes; y al combate del proletariado y otras clases explotadas por dichos monopolios (3). A todos los factores antes mencionados se debe el que las naciones oprimidas de Asia, África y América Latina se hayan transformado en el centro de las tempestades revolucionarias y reciban, por lo mismo, en la actualidad la más encarnizada agresión imperialista.

El menospreciar esta contradicción interna del campo imperialista, para poner en primer plano, como lo hacen los revisionistas contemporáneos, casi exclusivamente la coexistencia y la emulación económica pacífica del socialismo con el capitalismo, sólo puede redundar en un acrecentamiento de la miseria y explotación de los países coloniales, semi-coloniales y dependientes. En efecto, si no se desarrolla en profundidad la lucha de estas naciones por su liberación y por cambios revolucionarios, y si esta lucha no es apoyada resueltamente por el campo socialista, siendo, por el contrario, frenado o descuidada en aras de los intereses de la coexistencia y emulación económica, el capitalismo monopolista descargará el peso de las dificultades que dicho campo le produzca, particularmente, sobre los pueblos de las naciones que oprime. De esta manera, si el desarrollo del mundo socialista no se vuelca, también, en apoyo de la lucha revolucionaria y emancipadora de las naciones coloniales y dependientes, su competencia meramente económica con el imperialismo, redundará en una mayor opresión de dichas naciones y éste último hará frente a su crisis a costa de ellas. (4)

Chile pertenece al mundo de las naciones sojuzgadas y se encuentra, por ello, en la primera línea de fuego contra la burguesía monopolista internacional y, particularmente, contra el imperialismo norteamericano, codo a codo con los otros pueblos de Asia, África y Latinoamérica.

Dentro de la gesta de las naciones coloniales y dependientes, la revolución chilena entronca, especialmente, con la lucha emancipadora y por el socialismo de los pueblos de América Latina. En efecto, a pesar de diferencias secundarias, los países de este Continente son afectados por problemas comunes como: el bajo desarrollo de sus economías y su fuerte dependencia de unas pocas materias primas de exportación en manos del imperialismo yanqui, el deterioro de los términos del intercambio con los monopolios norteamericanos; la existencia de grandes latifundios con atrasados sistemas de producción agrícola; el control por parte de los monopolios de Estados Unidos de las principales riquezas naturales existentes en sus territorios y su ingerencia en numerosas e importantes empresas comerciales, industriales y de utilidad pública, así como en el terreno cultural e informativo; y el papel dominante del imperialismo yanqui sobre su comercio internacional. Todos estos factores, así como el hecho de constituir por razones geográficas, históricas y militares, una de las principales reservas estratégicas y económicas para el imperialismo norteamericano, indican que la revolución latinoamericana, aunque con un grado diverso de desarrollo en

³ En este párrafo es necesario señalar, en primer lugar, que la contradicción antagónica entre el imperialismo, principalmente el imperialismo norteamericano, y los pueblos de las naciones coloniales, semi-coloniales y dependientes, nace de la explotación, saqueo y opresión a que son sometidos estos países.

⁴ Desde la época en que fue redactado este documento hasta la fecha la política de la dirección del PCUS, como producto del avance de las fuerzas capitalistas en el interior de la URSS, ha variado. Las concepciones revisionistas de estado de todo el pueblo, partido de todo el pueblo, vía pacífica, emulación pacífica, coexistencia pacífica, han abierto, paso al socialfacismo y al socialimperialismo expansivo y agresor, todo esto unido a la pretensión de dividirse el mundo con el imperialismo norteamericano en zonas de influencia.

cada país, es una sola. Todas las naciones de nuestro Continente tienen un destino común por delante, así como tuvieron un común pasado de lucha contra la opresión de metrópolis europeas. La existencia en algunas naciones de dictaduras militares de facto y en otras de gobiernos aparentemente civilistas y legalistas, no constituye más que una diferencia secundaria y transitoria y no justifica el que se pretenda marginar a algunos de estos países del enfrentamiento directo y resuelto contra los enemigos comunes de Latinoamérica, como lo son el imperialismo yanqui y los reaccionarios locales, ni el restarse a la solidaridad combatiente que sus pueblos se deben mutuamente.

2.— LA REVOLUCION CHILENA Y LA POLEMICA INTERNACIONAL

Hemos señalado que el combate del proletariado chileno por el poder forma parte de la revolución mundial y que la lucha contra los reaccionarios, encabezados por los monopolistas norteamericanos, debe desarrollarse en conjunto con todas las fuerzas que integran dicha revolución. Sin embargo, el frente revolucionario mundial, no es un campo en el que no existen contradicciones. El adversario de clase ejerce, en mayor o menor grado en cada época histórica, su influencia sobre determinados sectores de este campo, con el objeto de apartarlos de los objetivos revolucionarios y promover la conciliación de clases, tanto en el interior de cada país, como en el terreno internacional. El movimiento revolucionario mundial se fortalece combatiendo contra esas posiciones oportunistas de derecha o "izquierda", que reflejan la influencia burguesa en su seno.

Desde que existe el mencionado frente revolucionario internacional, orientado por el marxismo-leninismo, se han gestado en su interior contra-corrientes reformistas o aventureras, que hacen abandono de los intereses de la revolución y tergiversan el socialismo científico para ponerse en forma abierta o encubierta al servicio del enemigo. Allí están para atestiguarlo los bakuninistas y reformistas contra los que debieron combatir Marx y Engels en la Primera Internacional y los reformistas, revisionistas del marxismo, a los que enfrentó Lenin en la Segunda Internacional.

También en la época presente, a pesar del triunfo ya logrado del socialismo en una serie de países, ha surgido un sector en el movimiento revolucionario internacional que ha abjurado de los principios fundamentales del marxismo-leninismo, "revisándolos" y sustituyéndolos por viejas tesis oportunistas. Esto es lo que se ha calificado como "revisionismo contemporáneo".

El "revisionismo contemporáneo" se caracteriza, entre otras cosas, por colocar la coexistencia pacífica por encima de los intereses de la lucha revolucionaria y emancipadora de los pueblos; por su pretensión de hacer extensiva, dicha coexistencia, a las relaciones entre naciones oprimidas y opresoras o las clases antagónicas entre sí; por intentar imponer la "vía pacífica" como el camino general y más probable hacia el poder, propiciando el abandono de la lucha armada; por desconocer el carácter decisivo de la contradicción entre las naciones sojuzgadas y los países imperialistas, para centrar la oposición a estos últimos en la emulación pacífica económica entre el socialismo y el capitalismo; por propiciar en las naciones socialistas el abandono de la dictadura del proletariado antes que esta cumpla todas sus tareas históricas, abriendo paso al resurgimiento de brotes capitalistas en ellos por los esfuerzos para destruir el carácter proletario del Partido marxista-leninista; por sustentar y estimular el derrotismo frente a las armas atómicas imperialistas, concediéndole una importancia desmesurada a dichas armas y olvidando que la historia la deciden los pueblos y no unos cuantos gobernantes provistos de armamentos superiores.

Las ideas y métodos reformistas del "revisionismo contemporáneo" se han entronizado fuertemente en los partidos tradicionales de la izquierda chilena y nuestro movimiento revolucionario no puede avanzar con éxito hacia el poder sin combatir y derrotar esta

influencia burguesa en su interior ⁽⁵⁾. Por ello, nuestro conocimiento, participación y divulgación en el gran debate, que las fuerzas marxistas leninistas mundiales desarrollan contra el "revisionismo contemporáneo", constituye una formidable ayuda al desarrollo de la revolución chilena y latinoamericana, permitiéndonos conocer más a fondo las manifestaciones del oportunismo en nuestro Continente, su parentesco con formas actuales y antiguas del oportunismo, así como sus peculiaridades en el presente siglo, a fin de combatirlo con mayor eficacia. El tomar una clara y resuelta posición con respecto a este debate es un deber de los revolucionarios, así como el eludirlo, con cualquier pretexto, significa, de hecho, dejar el campo abierto a la influencia de la ideología burguesa disfrazada de "marxismo".

Si de lo que se trata, en efecto, es de unir, organizar y dirigir a las grandes masas populares para la revolución, es inaceptable la tendencia neutralista con respecto a la lucha contra el revisionismo, así como el intento de desarrollar un combate revolucionario independiente y paralelo a éste. Sólo quienes sustenten la falsa teoría de que la revolución la hacen pequeños grupos y no las masas, pueden tolerar que importantes sectores de éstas últimas permanezcan bajo la influencia oportunista del revisionismo. Ni siquiera con el pretexto de que se está realizando la lucha armada o de que en los hechos se está asumiendo tal o cual conducta política anti-revisionista, es aceptable la conciliación con los oportunistas. Ella permitiría a los revisionistas, entre otras cosas, el restar de esos combates revolucionarios a los sectores de masas sobre los que influyen o, lo que es peor aún, que se incorporen a dichos combates para deformarlos y liquidarlos. El practicismo "revolucionario" que se expresa a través de una actividad conjunta con los revisionistas, sobre la base de renunciar a la lucha ideológica contra ellos, conduce a una unidad de acción ficticia y perniciosa, realizada a costa de renunciar a toda dirección teórica consciente del proceso revolucionario, lo que garantiza su seguro fracaso y la traición a él por parte de los oportunistas.

3.— ESTRUCTURA ECONOMICA DEL PAIS

Chile, por su estructura económica y social, puede definirse como un país dependiente, con una economía agraria atrasada a causa de la existencia de fuertes resabios feudales en el campo y dotado de un cierto desarrollo industrial en comparación con la mayor parte de las otras naciones coloniales, semi-coloniales y dependientes ⁽⁶⁾.

El carácter dependiente de Chile está determinado por el hecho de que importantes riquezas y actividades económicas del país se encuentran en mayor o menor medida, en manos de los monopolios capitalistas norteamericanos. Así ocurre, por ejemplo con los más grandes yacimientos de cobre, salitre y hierro; con algunas empresas de utilidad pública, como las que controlan los servicios telefónicos y la distribución de la energía eléctrica; con una parte fundamental del comercio exterior chileno, así como del comercio interno mayorista y con numerosas empresas industriales. El control imperialista sobre estas últimas se ejerce a través de variados procedimientos que van, desde su dependencia de los créditos, maquinaria, materia prima o repuestos, provenientes de empresas o financistas norteamericanos, hasta una participación directa en ellas de estos últimos, por medio del

⁵ La forma como está expuesta esta idea es un poco ambigua. Lo que aquí se quiere expresar es que el viejo Partido Comunista y el Partido Socialista son partidos revisionistas y a través de sus camarillas dirigentes y sus maquinarias burocráticas, sirvientes de la burguesía dentro del movimiento obrero. Por lo tanto, la lucha revolucionaria de nuestro pueblo sólo podrá avanzar, en la medida que se desenmascare, se combata, se aísle y se vaya derrotando a estos traidores.

⁶ Siendo esta caracterización correcta en lo fundamental, en la medida que desarrollemos nuestra lucha revolucionaria, nos corresponde precisarla. Es decir, determinar en forma cada vez más exacta el grado de nuestra dependencia respecto al imperialismo norteamericano, la magnitud de las relaciones de producción semi-feudales (o pre-capitalistas) en el campo y el grado de desarrollo del capitalismo en Chile. En las páginas siguientes del Programa se fundamenta la caracterización mencionada la cual, será necesario enriquecerla aún más, para que sirva mejor a los objetivos de nuestra lucha.

arriendo de patentes de producción o de inversiones de capital en dichas empresas industriales.

A las formas de dominación económica enumeradas, que ejerce el imperialismo yanqui sobre Chile, se suma la ingerencia y tutela que éste tiene sobre nuestra política Interna e internacional mediante diversos tratados y organismos supra-nacionales, por medio de los cuales nos ata a su política agresiva y rapaz; su influencia sobre nuestras Fuerzas Armadas y policiales a cuya oficialidad compromete con numerosos viajes y becas y a las cuales provee de armamentos modernos, para perfeccionar su carácter de fuerza de choque represiva contra el pueblo; y los distintos procedimientos de control ideológico sobre nuestro pueblo que aplica a través de sus agencias noticiosas, de sus interesadas becas y donaciones a diversos centros culturales y otros vehículos propagandísticos.

Los resabios feudales en la agricultura chilena se expresan, en primer lugar, por el monopolio de grandes extensiones de las mejores tierras, así como del crédito, aguas, abono, etc., que ejercen unos pocos terratenientes privilegiados. En efecto, el 2% de los propietarios agrícolas son grandes latifundistas que poseen alrededor del 69% de la superficie agrícola del país o, dicho en otras palabras, 3 mil predios, que constituyen sólo el 2% del total de los existentes en Chile, abarcan más de dos tercios de la superficie agrícola nacional.

La política de estos grandes terratenientes consiste en cultivar sólo una pequeña parte de las grandes extensiones de tierra que monopolizan, manteniendo, de este modo, una permanente escasez de productos agropecuarios (la que se agudiza a medida que aumenta la población) lo que permite alzar su precio cada vez más, así como valorizar sus propiedades, sin incurrir en grandes inversiones. En efecto, la restricción que efectúan de la producción agropecuaria, valiéndose de sus títulos de propiedad sobre inmensas extensiones de las mejores tierras, determina, al aumentar la población y con ello la demanda de productos del campo, que los precios en el mercado sean fijados por tierras de mala calidad, alejadas de los centros de consumo y cultivadas sin créditos ni recursos técnicos; o bien, por productos que es necesario importar a altos costos, para hacer frente a una demanda siempre creciente. Este verdadero sabotaje al país, les permite, puesto que producen a bajos costos por su situación privilegiada, apoderarse de jugosas utilidades extras vendiendo sus productos a los más altos precios del mercado. Con este procedimiento, además de enriquecerse frenando la producción, disponen de enormes utilidades para invertir las en negocios especulativos o en otras actividades económicas.

Los resabios de feudalismo, que implica la existencia del latifundio (7) no sólo se manifiestan por el sabotaje a la producción agropecuaria que realizan los grandes terratenientes, sino, también, por su desinterés (debido precisamente a su política de restricción de la producción), a mejorar los procedimientos técnicos de producción agraria, que hacen descansar, casi exclusivamente, en una bestial explotación de sus trabajadores agrícolas.

El carácter retrógrado y semi-feudal de las relaciones de producción que mantienen los terratenientes con sus inquilinos, peones y medieros se expresa, además, en la falta de respeto de aquellos por todo derecho legal conquistado por estos últimos; en la oposición prepotente y arbitraria a cualquiera forma de organización u opinión independiente; en la exigencia de prestaciones de servicios por parte de familiares de los trabajadores; en la práctica usual de formas no-capitalistas de pago de la fuerza de trabajo, como es la cancelación de éste en especies, en regalías, en usufructo de tierras y otros medios similares.

No obstante, los acentuados rasgos semi-feudales que el latifundio imprime al campo

⁷ Esta formulación como está presentada, puede inducir a error. El latifundio no implica necesariamente la existencia de resabios feudales o formas pre-capitalistas de producción.

chileno, el capitalismo ha penetrado, también, en éste, especialmente, en torno a los grandes centros urbanos y en aquellas tierras que producen materias primas agropecuarias destinadas a la industria.

Señalábamos, al comienzo de este párrafo, que Chile es un país con cierto desarrollo industrial. Efectivamente el 21,6% del Producto Nacional corresponde a la industria, llegando, incluso, al 30,8% si incluimos en ella a la minería y construcción. La agricultura, en cambio, produce sólo el 9,1% del Producto Nacional.

Sin embargo, a pesar de su relativo desarrollo y de las grandes utilidades que produce, la mayor parte de nuestra industria está destinada a crear bienes de consumo, es poco diversificada, tiene una baja eficiencia, altos costos de producción, depende en un grado considerable de materias primas, maquinarias y repuestos importados y, a causa del restringido mercado interno, no utiliza sus equipos a plena capacidad.

El desarrollo industrial chileno recibió un fuerte impulso a causa de las dificultades que creara al comercio internacional la crisis capitalista del año 30, primero y, luego, La Segunda Guerra Mundial. Los terratenientes y otros sectores capitalistas, en alianza con el imperialismo, frente a las restricciones del comercio internacional desplazaron parte de sus inversiones a la industria e impulsaron su desarrollo, disminuyendo el nivel de vida de las masas por medio de la inflación; es decir, desvalorizando la moneda, expandiendo el crédito en forma descontrolada, alzando los precios y contrayendo fuertes deudas con los monopolios norteamericanos. Dicho desplazamiento de inversiones hacia la actividad industrial, determinó el surgimiento, a su vez, de otras empresas subsidiarias de tipo capitalista y de nuevas capas burguesas.

Las más importantes empresas capitalistas creadas, debido al reducido tamaño del mercado interno chileno (disminuido aún más por la rebaja del poder adquisitivo de sueldos y salarios, como resultante de una política inflacionaria para promover el desarrollo industrial), se establecieron desde el comienzo como empresas monopolistas. Es así como el 48% del valor total de la producción industrial bruta del país, corresponde a la industria de tipo monopólico.

El imperialismo norteamericano, los monopolios nacionales y los terratenientes, no sólo tienen intereses comunes por el hecho de encontrarse entremezclados sus capitales en numerosas empresas, sino que coinciden actualmente, en un sentido negativo, como trabas que frenan el desarrollo productivo del país. Mientras al imperialismo yanqui esto le conviene para mantenernos como simples proveedores de materias primas para su industria y como compradores, a altos precios, de sus productos elaborados; los terratenientes y monopolistas nacionales producen de hecho un freno al desarrollo productivo, al basar más sus utilidades en privilegios derivados de su control dominante y excluyente sobre los rubros básicos de la economía, que en un amplio crecimiento y ampliación de ésta.

Esta conjunción de intereses privilegiados y anti-nacionales, que tiene como base a la industria y al comercio monopolistas y al latifundio, aliados con el capital imperialista, ha dado origen —como ocurre con frecuencia debido al reducido volumen de la actividad económica en los países subdesarrollados— a un capital financiero, representado por un escaso número de personas y familias, que constituyen 12 clanes, bajo cuyo control está la mayor parte de la riqueza nacional: los bancos, las grandes compañías de seguros, el grueso del comercio de importación, exportación y distribución mayorista, así como la prensa y otros medios informativos y, por supuesto, la mayor parte de la tierra e industrias fundamentales.

4.—LAS CLASES SOCIALES EN CHILE

La estructura económica de Chile y las relaciones de producción a las que ella da origen,

determinan las clases sociales aquí existentes, así como la superestructura de orden jurídico, político, institucional y cultural.

En cualquiera sociedad relativamente compleja, como la nuestra, toda clasificación de las clases sociales presenta ciertas dificultades. Ellas derivan, entre otras cosas, del carácter dinámico de la vida social que las hace variar de estructura de acuerdo al desarrollo de la economía; así como de la complejidad de la estructura social, que determina que se entremezclen algunos estratos y capas de las clases más próximas entre sí (8). Por ello es, que la enumeración y clasificación que haremos más adelante, sólo intenta reflejar en líneas generales únicamente, las principales fuerzas sociales de nuestro país.

A.—LAS CLASES MONOPOLISTAS

(a) Terratenientes

Esta clase social está integrada, fundamentalmente, por aquellos que monopolizan la mayor parte de las tierras de nuestro país, monopolio que les permite, sobre la base del cultivo de una pequeña parte de ellas, con métodos rudimentarios, con pequeñas inversiones y por medio de una explotación despiadada del campesinado, obtener grandes utilidades.

Desde el punto de vista histórico esta clase social ha defendido los intereses más reaccionarios y anti-nacionales, primero como soporte del coloniaje español y luego como fiel aliada del imperialismo inglés y del norteamericano. Esta clase social no se ha limitado exclusivamente a las actividades agrícolas, sino que desde el siglo pasado, comenzó a trasladar parte de sus ganancias al terreno bancario, así como el comercio de importación y exportación y, posteriormente, a la industria, dando origen en este último campo a un sector de la burguesía monopolista. Todas estas actividades económicas de los latifundistas se desarrollaron primero en íntima alianza con el imperialismo inglés y más tarde con el norteamericano.

El núcleo principal de los terratenientes está constituido por los propietarios de poco más de tres mil predios —el 2% del número total de explotaciones agrícolas— que abarcan el 69% del total de la superficie agrícola del país. Cada una de estas propiedades tiene mil o más hectáreas, y sus propietarios perciben el 40% del total del producto generado en la agricultura.

Junto a los anteriores existen los propietarios de cerca de 10 mil predios —el 6,5% del total de explotaciones— que comprenden alrededor del 18% de la superficie agrícola del país y que, en la mayor parte de los casos, realizan un cultivo de la tierra en condiciones similares a las del grupo mencionado antes. Cada uno de los predios de este último grupo tiene entre doscientas y mil hectáreas. Este sector, también, debe ser considerado como terrateniente, salvo aquellos propietarios que poseen predios con un tamaño cercano* al límite inferior que se encuentran muy alejados de los centros de consumo y poseen tierras de mala calidad, así como aquellos que los cultivan en forma intensiva y con métodos capitalistas.

Podemos ver, que estos dos sectores de propietarios agrícolas, acaparan el 87% del total de la superficie agrícola del país, poseyendo apenas el 8,5% del número total de predios existentes en Chile.

Esta clase social latifundista vinculada a una forma caduca de producción, que frena el

⁸ Aquí es necesario aclarar que, no obstante, la "dinámica social" y el hecho que puedan entremezclarse capas y estratos de las clases más próximas entre sí, jamás se borran las diferencias básicas y fundamentales entre el proletariado y la burguesía. Junto a lo anterior, pensamos que el análisis de las clases sociales al cual se refieren las páginas siguientes, será necesario precisarlo más en función de la relación dialéctica que existe entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La forma como hemos presentado aquí nuestro análisis, pudiera inducir a cierto error al aparecer una relación algo mecánica entre las diferentes clases sociales y la base material sobre la cual se asientan.

* En las ediciones anteriores dice "cercado" en la presente edición lo hemos corregido (N. P. E.: A.R.C.).

desarrollo económico general del país; ligada a los intereses anti-nacionales del imperialismo y de la burguesía monopolista y que ejerce una inhumana explotación del campesinado, es uno de los enemigos fundamentales de nuestra revolución, a quienes es preciso derrotar en primer término.

(b) La Burguesía Monopolista y Financiera

Este sector monopolista está formado por los grandes propietarios de los medios de producción industrial y de las mayores empresas de carácter comercial y financiero.

El latifundio, formación económica dominante en el siglo pasado en Chile, época en que vivía el 80% de la población del país en el campo, debido al sistema atrasado de producción que representaba y a la pauperización a que se sometía a las masas rurales, impidió la formación de un mercado interno capaz de estimular el desarrollo de la industria. Debido a ello es que la actividad económica de Chile derivó hacia el comercio de importación y exportación, originando una estrecha coalición de intereses entre los grandes comerciantes, los empresarios mineros, los latifundistas y el imperialismo. Esta coalición de intereses permanece hasta hoy. La afinidad de intereses entre los sectores recién enumerados ha permitido, frecuentemente, el desplazamiento de las inversiones de unos hacia otros de ellos.

La burguesía monopolista industrial, estamento social nacido con posterioridad a los antes mencionados, tuvo, básicamente, su origen a partir de ellos. En efecto, al acrecentarse fuertemente las dificultades para importar y exportar, a causa de la crisis del año 30 primero, y de la Segunda Guerra Mundial más tarde, las primitivas clases monopolistas y el imperialismo se coaligaron para dar vida a la burguesía industrial monopolista, a fin de mantener su posición dominante en la economía nacional.

Esta burguesía monopolista industrial, sólo posee un 3% del número total de empresas manufactureras existentes en Chile, pero, es tal la magnitud de ellas, que tienen el 57% del capital total de este tipo de industrias y generan el 48% del valor total de la producción industrial bruta controlada**.

Llega hasta tal extremo la concentración del capital monopolista en esta rama de la producción, que tan sólo 9 unidades de las casi seis mil existentes, poseen el 25% del capital total de la industria manufacturera controlada del país. A mayor abundamiento podemos decir que, estando constituidas como sociedades anónimas más del 90% de las empresas industriales monopólicas, en estas sociedades el 1% de los accionistas posee el 46% del valor total de las acciones.

Aparte de la burguesía monopolista industrial existen, también, fuertes sectores monopolistas en el comercio. La actividad comercial y financiera genera cerca de la cuarta parte del Producto Nacional. Alrededor de la mitad del valor correspondiente a esta parte del Producto, queda en manos de unos pocos cientos de personas pertenecientes al sector monopólico de la burguesía comercial y financiera.

Todos los sectores monopólicos mencionados anteriormente se agrupan en 12 grandes clanes financieros que controlan sin contrapeso la vida económica de Chile.

La burguesía monopolista constituye, también, uno de los enemigos principales de la revolución, tanto por el monto de las riquezas que controla; la explotación en gran escala que realiza de vastos sectores de la población; el carácter retrógrado de su actividad económica; como por su estrecha vinculación al imperialismo norteamericano y a la clase terrateniente.

** Se llama "industria controlada" aquella que está bajo control estadístico. La industria de carácter artesanal que ocupa menos de cinco operarios, no está sometida a este control.

B.— LOS GRANDES CAPITALISTAS NO-MONOPOLISTAS

El hecho de que Chile sea un país con cierto desarrollo económico, en comparación con otras naciones semi-coloniales y dependientes, ha permitido la formación de una clase social capitalista relativamente desarrollada, tanto en la ciudad, como en el campo.

Estas clases se diferencian de los sectores monopolistas, porque representan formas económicas y relaciones de producción más avanzadas desde el punto de vista capitalista y se encuentran, por lo mismo, interesadas en el desarrollo de las fuerzas productivas y en la ampliación de los mercados.

(a) Agricultores Capitalistas

Podemos identificar a los agricultores capitalistas, aproximadamente, con los propietarios de predios cuya superficie va de 50 a 200 hectáreas o un poco más, siempre que correspondan a las características que indicaremos más adelante, excluyendo, naturalmente, a las propiedades de esta dimensión de escaso valor productivo o muy alejadas de los centros de consumo. En estos predios —aproximadamente unos 21 mil— que representan el 14% del número total existente en el país y que abarcan el 18% de la superficie cultivada, se dan las condiciones más favorables para la explotación agrícola intensiva. Es por ello que, a pesar de representar un porcentaje no muy elevado de la superficie agrícola nacional, dado el hecho de que ocupan en sus faenas, por lo general, maquinarias, abonos y otros recursos de la técnica capitalista, la producción que de ellos se obtiene ocupa un porcentaje importante de la producción agrícola total de Chile.

En los predios pertenecientes o arrendados por estos agricultores, priman, por otra parte, relaciones de producción capitalista, siendo el trabajo asalariado la forma predominante de explotación.

No obstante, representar formas de producción más avanzadas que los latifundistas, estos agricultores, cuyos costos de producción son más bajos que los de otros que poseen menos tierras y medios, se benefician, también, vendiendo a los altos precios derivados de la escasez de productos agrícolas que provocan los terratenientes manteniendo gran parte de sus tierras sin cultivar. Sin embargo, los agricultores capitalistas ven limitadas sus posibilidades de expansión por el control de la mayor parte de la tierra, del crédito y, en general, de la vida económica del país, que ejercen las clases monopolistas, así como por el imperialismo norteamericano que exporta sus excedentes agrícolas al país. Tienen, por lo mismo, contradicciones con dichos sectores monopolistas nacionales y norteamericanos.

(b) La Burguesía Capitalista Desarrollada

Esta clase social tiene un carácter predominantemente urbano y corresponde, en líneas generales, a los propietarios de las grandes empresas industriales y comerciales de carácter no monopolista.

La rama industrial de esta burguesía corresponde a los dueños de los estratos altos de lo que se ha dado en llamar en Chile industria mediana, o sea, aquella que ocupa entre 20 y 200 operarios. La verdad es que este nombre de industria "mediana", deriva de los censos oficiales y no corresponde en forma efectiva a la importancia de ella en la vida económica del país, debido a que el punto de referencia inmediatamente superior utilizado para calificarla de "mediana" corresponde a una industria francamente monopolista.

Dicho sector industrial llamado "medio", del cual es propietaria la burguesía capitalista desarrollada, produce el 40% del valor total de la producción manufacturera bruta controlada del país. A este grupo corresponde el 29% del número total de industrias controladas existentes en Chile.

A este sector industrial de la burguesía capitalista desarrollada, debe agregársele aquellas

capas de la alta burguesía no monopolista, dedicadas a actividades comerciales y de ventas de envergadura. En otras palabras, los propietarios de las grandes tiendas comerciales, intermediarios mayoristas, propietarios de grandes inmuebles urbanos, rentistas ricos y, en general, todos aquellos que participan en la distribución en gran escala de mercancías y servicios, sin ocupar un lugar monopolístico en ellos.

La burguesía capitalista no monopolista ha surgido aquí como un apéndice de la burguesía monopolista y financiera, al plantearse la necesidad de sustituir una serie de productos que antes provenían de la importación. Al asumir la burguesía monopolista y el imperialismo norteamericano el control del desarrollo industrial y comercial del país, orientaron sus inversiones a aquellos sectores de la economía que más convenían a sus intereses, dejando, sin embargo, al margen de dichas inversiones ciertos rubros que posibilitaron el nacimiento de la burguesía capitalista desarrollada.

Los grandes capitalistas no monopolistas son, a pesar de su posición secundaria con respecto a los monopolios, explotadores en gran escala de nuestro pueblo y defienden, además, cuantiosos intereses económicos. Por otra parte, como se han desarrollado a la sombra de la burguesía monopolista y del imperialismo, poseen compromisos que los vinculan a estos adversarios fundamentales de la revolución.

Al mismo tiempo, representan formas de producción más avanzadas desde el punto de vista capitalista y no tienen vinculaciones tan estrechas con el imperialismo yanqui como los terratenientes y la burguesía monopolista. Más aún, en la medida en que constituyen una traba para su desarrollo capitalista, tienen ciertas contradicciones con los sectores monopolistas y con el imperialismo, que frenan el crecimiento económico nacional. Estas contradicciones existen objetivamente, aunque no se manifiesten a menudo en forma abierta, debido a que habitualmente estos sectores han sido dirigidos por las capas más retrógradas. A pesar de la existencia de estas contradicciones creemos que, por sobre ellas, priman las que, en su calidad de grandes explotadores, tienen con el pueblo. Estas capas se beneficiarían con algunas medidas propias de la revolución anti-imperialista, anti-latifundista y anti-monopolista, pero, al mismo tiempo, comprenden que al encontrarse dirigida por el proletariado y tener una inevitable perspectiva socialista, finalmente pasarán a poder del Estado los poderosos intereses que defienden. Como, por otra parte, a pesar de las limitaciones que le imponen los sectores más retrógrados y el imperialismo a su desarrollo, mantienen una situación económica espectral realizando grandes utilidades, prefieren su situación actual al aplastamiento de aquéllos, si esto encierra el peligro de su propia derrota posterior.

Debido a lo anterior la burguesía no monopolista es, en general, enemiga de la revolución, pero, puesto que es diferente a los enemigos principales, es preciso, tratar de separarla de ellos y neutralizarla agudizando sus contradicciones con las capas más reaccionarias, para impedir su participación activa en el frente único contra-revolucionario.

La intensidad con que es necesario combatir a estos sectores de grandes capitalistas no monopolistas, debe graduarse en relación al estrechamiento de sus relaciones con los enemigos principales de nuestro pueblo.

C.—LAS CLASES MEDIAS

Estas clases, tanto en el campo como en la ciudad, representan formas y relaciones de producción insuficientemente desarrolladas en comparación con el sector capitalista más avanzado, aunque sobrepasan considerablemente el nivel de la producción artesanal.

(a) Los Medianos Agricultores

Los medianos agricultores corresponden, aproximadamente, a los propietarios y arrendatarios de aquellos predios que, por lo general, abarcan entre 10 y 50 hectáreas. No

obstante, el criterio del tamaño de la propiedad para caracterizar a los agricultores medios, sólo tiene una validez relativa, ya que, la vecindad a los centros más importantes de consumo y la calidad de la tierra, puede permitir que algunos de estos propietarios adquieran el carácter de agricultores capitalistas. Por otra parte, el alejamiento de los centros de consumo importantes y la mala calidad de la tierra pueden determinar, también, un rendimiento económico que no permita calificar como agricultores medios a quienes las poseen o arriendan.

Los arrendatarios y propietarios de predios que fluctúan entre 10 y 50 hectáreas, corresponden, aproximadamente, a unos 42 mil y representan el 27% del número total de explotaciones existentes en el país, detentando el 4% de la superficie agrícola y el 10% de la superficie cultivada.

En general, los medianos agricultores explotan la tierra en forma rudimentaria, con escasa mecanización y pocos medios técnicos y valiéndose de la fuerza de trabajo de un cierto número, aunque reducido, proletarios y semi-proletarios. Por lo general, participan ellos mismos en la dirección de las faenas.

(b) La Burguesía Media

La burguesía media corresponde, principalmente, a los propietarios de la llamada "pequeña industria" y los estratos bajos de la industria media, a los medianos comerciantes, a los altos empleados, así como a los rentistas profesionales acomodados.

La denominada "pequeña industria" (aquella que ocupa entre 5 y 20 operarios), a la cual, aproximadamente, se encuentra ligada la rama industrial de la burguesía media, genera el 11% del valor total de la producción manufacturera controlada chilena. El año 1957 el número de este tipo de industrias ascendía a cerca de 4 mil, es decir, el 68% del total de industrias controladas del país. Estas industrias emplean, sin embargo, sólo el 15% de la fuerza de trabajo empleada en la industria controlada. Aparte de los sectores industriales mencionados, existen empresas pertenecientes a los estratos inferiores de la llamada "industria mediana" que pueden ser incluidos, también, en este sector recién analizado.

La burguesía media industrial enfrenta en su desarrollo grandes obstáculos interpuestos por la competencia de la industria desarrollada y, particularmente, por el control sobre nuestra economía por parte del imperialismo y los sectores monopolistas nacionales. Mientras el imperialismo le cobra altos precios por los repuestos, maquinarias y materias primas importadas desde Estados Unidos; los monopolistas intentan barrerlos de la competencia y, a través de su dominio sobre el poder, les restringen el crédito, les aplican altos impuestos y los esquilman por medio de variados procedimientos. La existencia del latifundio, por su parte, que mantiene en la miseria a importantes núcleos campesinos, al marginarlos de toda posibilidad de adquirir productos industriales, restringe con ello el mercado interno, perjudicando inmensamente a estas capas más débiles de la industria. Los altos precios de los productos alimenticios, por otra parte, determinados por la política de sabotaje a la producción agraria que practican los terratenientes, determinan un alza de los costos de producción.

Los mencionados obstáculos, que frenan el desarrollo de la burguesía media industrial, generan contradicciones de ésta con los monopolistas, el latifundio, el imperialismo y, aún, ciertos sectores de grandes capitalistas. Parte de estas contradicciones pretende resolverlas, dicha burguesía media, sobre la base de una intensa explotación de sus obreros. Esta doble situación, de dependencia y limitación de sus posibilidades de desarrollo determinada por los sectores más reaccionarios, y su carácter de explotadores del pueblo, determina la actitud dual y vacilante frente a la revolución, de la burguesía media.

El sector mercantil de esta burguesía media está constituido, por lo general, por

comerciantes instalados que se dedican a la venta de mercaderías al detalle, en establecimientos de mediana cuantía, que trabajan explotando a un número reducido de obreros y empleados.

En lo que toca a los rentistas, altos empleados y profesionales acomodados y otras capas sociales similares, vinculadas de un modo menos directo a la producción y distribución de mercancías, el criterio para asimilarlos a la burguesía media o a otras capas, debe ser el de compararlos desde el punto de vista de sus ingresos, con el sector industrial y comercial de dicha burguesía.

Las clases medias han recibido habitualmente, una fuerte influencia por parte del imperialismo y las capas nacionales más reaccionarias. Sin embargo, desde un punto de vista objetivo, no sólo tienen muchos menos vinculaciones con ellos que los grandes capitalistas no monopolistas, sino que, incluso, contradicciones de cierta importancia, como lo hemos señalado. Por otra parte, los intereses económicos que defienden son inferiores a los de la burguesía monopolista y aún a la de la capitalista desarrollada y, si bien, son también explotadores, lo son en una escala bastante más limitada que aquéllos.

El interés básico de las clases medias consiste en desarrollarse como explotadores y en suprimir, para lograrlo, las trabas y limitaciones que oponen a ello el imperialismo y la alta burguesía. Sin embargo, la eliminación de dichas trabas implica el realizar una revolución antiimperialista, anti-latifundista, y anti-monopolista, que esta clase social no está en condiciones de encabezar. Es por esto, que las clases medias, pueden ser interesadas, en determinadas condiciones y por un tiempo limitado, en participar, junto al proletariado, en la Revolución Democrática Popular que persigue esos objetivos básicos.

No obstante, puesto que son explotadores y tienen no sólo contradicciones con los reaccionarios más recalcitrantes, sino puntos de contacto y vínculos de diversa índole con ellos, temen la perspectiva socialista de la Revolución Democrática Popular, se resisten a la dirección proletaria y oscilan entre la revolución y la contrarrevolución.

Las contradicciones relativamente fuertes de las clases medias con las capas más reaccionarias, determinan que no se las pueda considerar como enemigos de la revolución en esta etapa y sí como aliados potenciales. La actitud vacilante de estas clases, sin embargo, a la que hiciéramos mención ya, nos obliga a practicar con ellas una política flexible, atrayéndolas al Frente Único Revolucionario, en ciertos momentos favorables y en otros, a combatir las cuando marchen tras los reaccionarios.

D.—LA PEQUEÑA BURGUESIA

Esta clase social, tanto en la ciudad, como en el campo, incluye una vasta gama de individuos, que van, desde ciertos explotadores en pequeña escala, pasando por los trabajadores por cuenta propia, hasta aquellos explotados, como los empleados, que se encuentran vinculados al proceso productivo en forma indirecta y en cuya actividad predomina el trabajo no-manual.

(a) Pequeña Burguesía Rural

Pueden considerarse como pequeño-burgueses rurales a los propietarios y arrendatarios de predios cuya superficie es inferior a 10 hectáreas, exceptuando las tierras muy próximas a grandes centros de consumo. Este tipo de propiedades representan el 50% del total de explotaciones agrícolas existentes en Chile; sin embargo, en su conjunto poseen apenas el 1% de la superficie agrícola.

Estos pequeños propietarios cultivan la tierra con métodos muy atrasados, obteniendo bajísimos rendimientos, tanto por el reducido tamaño de sus predios (2 hectáreas de superficie media culti-regada), como por la carencia de medios técnicos y financieros.

Habitualmente estos predios son trabajados directamente por sus propietarios o arrendatarios y sus familiares, quienes, por lo general, deben complementar de algún otro modo sus ingresos.

Los pequeños propietarios agrícolas mencionados, son oprimidos tanto por los terratenientes, como por el imperialismo y la burguesía monopolista y capitalista desarrollada, que les fijan altos precios a las herramientas, abonos, semillas y otros medios necesarios a su trabajo, así como las mercaderías industriales que consumen, y los privan del crédito y de todo recurso que les permita desarrollarse. Los terratenientes, a menudo, explotan en forma directa su fuerza de trabajo y la de sus familiares, cuando deben contratarse como trabajadores agrícolas parte del año, para complementar sus ingresos.

Dentro de la pequeña burguesía rural es preciso considerar, también, a los técnicos, empleados administrativos y otros que trabajan en los grandes fundos en labores complementarias de la producción agrícola.

La pequeña burguesía agraria corresponde, más o menos, a un 20% de la población que vive en el campo, la cual alcanza actualmente a casi 3 millones de personas.

(b) Pequeña Burguesía Urbana

La pequeña burguesía de las ciudades, se dedica a un gran número de actividades diversas, entre las que se destacan: la industria artesanal, el comercio, la prestación de servicios, el trabajo en calidad de empleado, y variadas actividades profesionales e intelectuales.

Los artesanos, tanto los que trabajan por cuenta propia, como los que explotan a un número reducido de personas, constituyen uno de los más importantes núcleos de la pequeña burguesía urbana. En la industria artesanal (aquella que ocupa menos de 5 obreros), trabajan el 50% del total de personas ocupadas en la industria manufacturera de Chile y corresponde a ella el 30% del valor total de la producción de dicha industria.

El sector comercial de la clase que analizamos, corresponde a pequeños comerciantes, instalados o ambulantes, que habitualmente no explotan trabajo ajeno. Este sector alcanza a casi la mitad del total de individuos dedicados al comercio en el país.

Entre el artesano y el comerciante propiamente tal, podría ubicarse el sector social dedicado a la prestación de servicios, puesto que tiene, en cierto modo, características de ambos grupos, como los peluqueros, zapateros y otros.

Los profesionales modestos y aún ciertos intelectuales, artistas y otras capas similares, pudieran ser incluidos en un estrado superior del sector de la pequeña burguesía que se dedica a la prestación de servicios. La diferencia consiste, en que estos últimos aportan un trabajo más calificado y que requiere, por lo mismo, una preparación superior que puede llegar incluso a grados universitarios. Los estudiantes, por su parte, aunque no representen propiamente una clase, comúnmente, por no haberse integrado aún a alguna actividad económica y por el género de actividad predominantemente intelectual a la que se dedican, pueden asimilarse a la pequeña burguesía.

Finalmente, forman parte de la pequeña burguesía, el grueso de los empleados tanto del sector público como privado. Una proporción importante de los empleados están sometidos a una dura explotación, en especial vastos sectores de empleados estatales, lo que los ha impulsado a adoptar formas de luchas reivindicativa y de organización gremial semejante a las del proletariado.

La pequeña burguesía es fundamentalmente una clase explotada, particularmente en países como el nuestro con un bajo nivel de desarrollo. A pesar, de que por su condición objetiva de explotados, los pequeño-burgueses, debieran estar resueltamente al lado del proletariado, su carácter de clase intermedia, que no participa en forma directa en la

producción de los bienes materiales y la dispersión que caracteriza su actividad económica, determina en sus miembros una mentalidad individualista, vacilante e inestable. En su calidad de explotados — aunque no lo sean en el grado en que lo es el proletariado— tienden a combatir contra los explotadores; no obstante, debido a que en su actividad no predomina una vinculación inmediata al proceso productivo, tienden a buscar soluciones idealistas a sus problemas, a dejarse influir por los grandes burgueses y demás reaccionarios y aspiran, a menudo, más que a derrotarlos, a alcanzar su condición.

La pequeña burguesía, sin embargo, es una importante fuerza de la revolución. Para que asuma este papel es preciso que sea firmemente dirigida por el proletariado, de modo de contrarrestar su mentalidad individualista e idealista, su arrivismo y su inestabilidad, derivadas de sus condiciones de vida y de trabajo.

E.— EL SEMI-PROLETARIADO

Los semi-proletarios son aquel sector social que procura su subsistencia, combinando actividades como pequeños productores o pequeños comerciantes independientes, con la venta ocasional de su fuerza de trabajo como obreros.

a) El Semi-Proletariado Campesino

Entre los semi-proletarios del campo se cuentan principalmente los inquilinos, medieros y propietarios y arrendatarios minifundistas, que no alcanzan a obtener los medios para su sustento de las tierras que poseen, arriendan o han recibido en usufructo para explotarlas y deben, por lo mismo, trabajar como obreros asalariados durante cierto tiempo del año. Habitualmente existen semi-proletarios que combinan las mencionadas actividades, como por ejemplo, los inquilinos-medieros o los medieros-arrendatarios.

Dentro de este sector social es donde se observa en forma más habitual métodos de explotación semi-feudales por parte de los terratenientes, quienes pagan, a menudo, en especies o regalías sus servicios o su fuerza de trabajo.

El semi-proletariado campesino, que en conjunto con sus familias, alcanza a cerca del 25% de la población que vive en el campo y al 35% de los trabajadores rurales, sufre una durísima explotación por parte de los terratenientes e incluso de algunos sectores capitalistas agrarios, semejante a la que afecta al proletariado agrícola.

La penetración del capitalismo en el campo, aunque en nuestro país ha sido lenta, destruye paulatinamente las relaciones de producción semif feudales que, en cierta medida, hacen posible la existencia de las capas semi-proletarias en él, conduciéndolas a una pauperización extrema, arrebatándoles todo medio de trabajo independiente y, finalmente, determinando su completa proletarización.

b) El Semi-Proletariado Urbano

Este sector está representado en las ciudades por aquellos artesanos, pequeños comerciantes ambulantes y en general trabajadores independientes, que se ven obligados, para subsistir, a vender su fuerza de trabajo durante cierto tiempo del año como proletarios.

Estas capas semi-proletarias de la ciudad son engendradas, también, en los países de bajo desarrollo económico, por la cesantía crónica que afecta a la población obrera, obligando a parte de sus integrantes, para mantenerse en las épocas de desempleo, a dedicarse en forma ocasional a la prestación de servicios, al comercio de monto ínfimo de tipo callejero y a cierto tipo de artesanía primitiva. Estos sectores arrastran, por cierto, una vida más miserable que la generalidad de los proletarios que tienen trabajo permanente.

Las condiciones de gran miseria y dura explotación que sufren los semi-proletarios determinan que ellos sean una fuerza importante para la revolución. Sin embargo, su

calidad de proletarios eventuales, hace que carezcan en parte de la firme conciencia de clase y del espíritu de organización que caracterizan al proletariado que trabaja en forma permanente. Su participación eficaz y organizada, por lo mismo, en la revolución depende de la orientación y dirección que el proletariado ejerza sobre ellos.

F.—EL PROLETARIADO

El proletariado, la clase más revolucionaria de la sociedad moderna, está constituido por aquellos individuos que no poseen medios o instrumentos de producción y que para lograr su subsistencia deben vender su fuerza de trabajo, recibiendo a cambio un salario. El proletariado se encuentra vinculado, básicamente, en forma directa a la producción de bienes materiales. Sin embargo, se incluye, también, en esta clase social a trabajadores asalariados que se desempeñan en el transporte y distribución de mercancías, así como en algunos servicios, cuando en su actividad predomina el trabajo manual.

a) El Proletariado Agrícola

El proletariado agrícola (peones, afuerinos, etc.) integrado por unos 200 mil obreros, constituye el sector mayoritario de los trabajadores del campo —alrededor del 60% de ellos— y es, al mismo tiempo, el más explotado de nuestro país. Carece por completo de tierras e instrumentos de labranza y a menudo, incluso, de vivienda. El grado de miseria en que viven estos proletarios del campo llega a condiciones subhumanas. Su nivel de pauperización es tal que sus salarios —empleados en un 80% o más en alimentos— ni siquiera alcanza para proporcionarle la cantidad de ellos que es necesaria para reponer su fuerza de trabajo y sobrevivir sin una aniquilación acelerada de su organismo.

A la situación de miseria fisiológica en que viven la mayoría de los proletarios del campo, es necesario agregar, la total carencia de los más mínimos adelantos de la vida moderna, ya que, es en este sector donde se observan los más elevados índices de analfabetismo; los más altos porcentajes de mortalidad infantil a causa de la carencia de atención médica o sanitaria mínimas; los peores niveles habitacionales y el más bajo consumo de productos manufacturados.

Importantes sectores del proletariado agrícola, ni siquiera cuentan con un trabajo permanente y deben emigrar en su busca a distintas zonas en diferentes épocas del año.

Esta clase social, por la dispersión en que se encuentra; por carecer de formas de organización, ya que la legislación burguesa hasta el momento les impide prácticamente organizarse; no puede en las actuales condiciones, oponer una resistencia masiva a la explotación que sufre, principalmente por parte de las capas reaccionarias del campo. Esto determina que, en última instancia, recaigan sobre ella en mayor medida las consecuencias de la crisis económica que afecta al conjunto de nuestro país, a causa de la política retardataria de los imperialistas, de los terratenientes y de la burguesía monopolista.

El proletariado agrícola junto con ser mayoritario entre los trabajadores del campo, es a su vez el sector más revolucionario de ellos, ya que al no ejercer en ninguna forma la explotación del trabajo ajeno, al carecer de medios e instrumentos de producción y constituir la capa, más oprimida, pueden obtener el término de su actual situación solamente por una transformación revolucionaria.

b) El Proletariado Urbano

El proletariado urbano está compuesto por los trabajadores asalariados que laboran en la industria, minería, construcción, transportes, comercio, servicios, etc. En Chile este sector del proletariado, alcanza a cerca de 850 mil personas aproximadamente, lo que da una idea del desarrollo capitalista alcanzado por nuestro país. La clase obrera urbana, por lo tanto, es numéricamente superior a toda la población activa del campo. Lo anterior confiere a

nuestro país ciertas características que lo diferencian del común de los países coloniales, semi-coloniales y dependientes, en los cuales el campesinado constituye la mayoría abrumadora de la población y, por supuesto, de los trabajadores en general.

Los proletarios urbanos, particularmente aquellos que laboran en actividades industriales y extractivas, constituyen la vanguardia de todas las clases revolucionarias. Esto se debe a la conciencia de clase adquirida por el hecho de encontrarse vinculados a las formas más avanzadas de producción en esta sociedad; a la concentración de trabajadores propias de este tipo de actividades económicas; al constante crecimiento y organización del proletariado que acarrea el desarrollo capitalista; al empleo en sus faenas de instrumentos de producción que requieren una mayor especialización técnica; al desarrollo intelectual promovido por la complejidad de la vida en las ciudades, etc.

A las condiciones anteriores, todas importantes, debemos agregar, sin embargo, la más decisiva en cuanto a la calidad revolucionaria del proletariado urbano: su carácter de clase explotada que al carecer de toda propiedad sobre los instrumentos y medios de producción, no tiene nada que perder y la única solución a sus problemas, es el derrocamiento de los explotadores, y se encuentra, por ello, vitalmente interesada en lograrlo.

El proletariado, además, para liberarse debe destruir las relaciones de producción capitalistas, terminando así con la sociedad dividida en clases y liberando al conjunto de ella de la explotación.

El proletariado urbano, junto con los campesinos pobres, forma parte de las fuerzas más duramente explotados de nuestro país y sobre las que recae el mayor peso de las crisis económicas crónicas que lo afectan. Sólo gracias a su más alto nivel de conciencia y organización, así como a sus tradiciones de lucha reivindicativa, ha logrado arrancarle a los explotadores algunas concesiones, obteniendo ingresos superiores a las capas más explotadas del campo. Sin embargo esto no significa que el proletariado urbano en nuestro país no sea víctima de una intensa explotación y miseria. Baste decir que el poder adquisitivo de sus exiguos salarios ha ido bajando sistemáticamente, a pesar de sus luchas, obligándolos a destinar actualmente más de dos tercios de sus ingresos a su precaria e insuficiente alimentación y, a causa de ello, a disminuir sus niveles de vestuario, salubridad, educación y vivienda, debiendo emigrar a sitios baldíos en los sectores periféricos de las ciudades, para construir con sus propias manos insalubres viviendas.

La clase obrera chilena, contrariamente a lo que sucede en muchos países coloniales y dependientes, existe y se ha manifestado como clase social independiente, desde hace casi cien años. Desde comienzos de nuestro siglo, el proletariado chileno, ha creado organizaciones sindicales de carácter nacional. No obstante esto, existe todavía hoy un contingente considerable, en realidad la inmensa mayoría, de obreros que se encuentran al margen de toda organización.

Las organizaciones sindicales proletarias tienen una antigua tradición de lucha reivindicativa. Sin embargo, dada la influencia prolongada del reformismo en Chile ⁽⁹⁾, sus acciones se han mantenido en un plano casi exclusivamente economista, sin transformar la lucha de clases en un combate por el poder.

El proletariado chileno, oprimido por el imperialismo y por las clases explotadoras del país, es el eje fundamental que organiza y dirige a todos los sectores revolucionarios de nuestro pueblo, tanto en la etapa Democrática Popular como Socialista de la Revolución.

5.— EL CARACTER DE LA REVOLUCIÓN CHILENA

⁹ En vez de "influencia prolongada" deberíamos decir influencia permanente ya que, en Chile no ha habido nunca, hasta la creación del Partido Comunista Revolucionario, un verdadero Partido marxista-leninista que fuera capaz de eliminar dicha influencia reformista.

El conocimiento de la sociedad chilena y de las contradicciones que en ella existen, nos permite determinar el carácter de la Revolución que actualmente necesita nuestro país.

En Chile existen múltiples contradicciones, sin embargo, no todas ellas revisten la misma importancia, ni poseen el mismo grado de antagonismo. La contradicción fundamental y decisiva en esta etapa es la que existe entre el imperialismo yanqui, los grandes terratenientes y la burguesía monopolista y financiera, con el pueblo de Chile. De la forma como esta contradicción sea resuelta depende el futuro de la Revolución.

Los enemigos básicos de nuestro pueblo, enumerados más arriba, deben ser incluidos en un mismo campo de fuerzas ultra-reaccionarias, debido a los intereses comunes existentes entre ellos. Como lo hemos señalado anteriormente, el imperialismo yanqui y las clases monopolistas de la ciudad y del campo, junto con poseer las mayores riquezas y ser los más grandes explotadores de nuestro pueblo, se favorecen con el atraso y estancamiento del desarrollo productivo del país.

Nuestro pueblo, vitalmente interesado en liberarse, en primer lugar, de estos grandes explotadores y en promover el desarrollo de Chile, tiene la necesidad imperiosa de arrebatárles el poder, destruyendo el aparato estatal que los protege, expropiando los medios e instrumentos de producción que poseen y expulsando de nuestra patria al imperialismo yanqui.

Todo lo anterior determina que el carácter de la Revolución chilena, en su primera etapa, sea anti-imperialista, anti-latifundista y anti-monopolista.

Las fuerzas reaccionarias enumeradas más arriba, sin embargo, no son todas las fuerzas explotadoras que existen en Chile, pero si las más poderosas. Esto último aconseja, para derrotarlas, el restarles el máximo de fuerzas sociales afines que puedan apoyarlas, para así debilitar y aislar a este núcleo de adversarios fundamentales.

Entre las fuerzas que es posible separar de los enemigos principales con el objeto de aislarlos y derrotarlos más fácilmente, se cuentan, incluso, sectores que también son explotadores, aunque de menor cuantía. Esta separación es posible en virtud de que estos últimos, por su parte, son oprimidos por los grandes explotadores o entorpecidos en su desarrollo por ellos, ya que representan formas de producción más avanzadas desde un punto de vista capitalista.

El objetivo final de la revolución que nuestro pueblo necesita es, indudablemente, el terminar con toda forma de explotación e instaurar el socialismo. En este sentido la revolución es una sola e ininterrumpida. No obstante, desde el punto de vista estratégico, no es conveniente enfrentar a todos los explotadores juntos y al mismo tiempo. Por el contrario es necesario derrotarlos en forma separada, es decir, por etapas.

En una primera etapa, con el objeto de derrotar en primer lugar al imperialismo yanqui, a los terratenientes y a la burguesía monopolista y financiera, es necesario oponerles a todos los sectores que son explotados, oprimidos o perjudicados en su desarrollo por ellos y que sean susceptibles de ser conducidos a combatirlos.

De todos estos sectores que pueden ser llevados a luchar contra los enemigos principales, el proletariado es la fuerza fundamental y dirigente. No obstante lo anterior, la revolución en esta primera etapa no será una revolución socialista proletaria, y no lo será, porque no pretende en ella terminar con el conjunto de los explotadores, sino con la parte más poderosa y reaccionaria de ellos y, debido a que para lograr esto, moviliza incluso a ciertas capas explotadoras, como lo son algunos sectores de pequeños y medianos burgueses ⁽¹⁰⁾.

¹⁰ En este punto es necesario señalar con más énfasis el papel del campesinado en nuestra revolución, como una de sus fuerzas fundamentales. No obstante que, al hablar de sectores "pequeño o mediano burgueses", nos estamos refiriendo a

Plantear, como lo hacen los oportunistas de "izquierda", hoy en nuestro país una revolución socialista-proletaria significa aislar al proletariado de otras clases potencialmente anti-latifundistas, anti-imperialistas y anti-monopolistas, dejándolas bajo la dirección de estos enemigos fundamentales y disminuyendo, por lo mismo, la cantidad de fuerzas capaces de enfrentarlos. En suma, esta posición aventurera, aparentemente ultra-revolucionaria, crea las condiciones para la derrota de la revolución socialista en la cual tanto se insiste.

Sin embargo, si bien, la revolución chilena no será en su primera etapa una revolución socialista, no será tampoco una revolución burguesa, y no lo será, porque esta revolución es dirigida por el proletariado y no por la burguesía, y tiene como perspectiva inmediata el crear las condiciones para terminar con toda forma de explotación, transformándose en Revolución Socialista. El desarrollo actual del campo socialista y del movimiento revolucionario internacional, así como el papel ultra-reaccionario que juega actualmente el imperialismo norteamericano, imposibilitan que la burguesía, como fuerza dirigente, pudiera o quisiera llevar a término siquiera la primera etapa Democrática Popular de la revolución, o el proletariado dirige, por lo tanto, resueltamente la revolución en todas sus etapas, con una clara perspectiva socialista, o ésta se frustra y es traicionada.

La dirección proletaria y la perspectiva socialista vinculan la revolución en todas sus etapas, a la revolución socialista-proletaria internacional, o se marcha, pues, hacia el socialismo o hacia el capitalismo y neo-colonialismo, no hay caminos intermedios.

En lo que atañe a las fuerzas que la realizan, la revolución anti-imperialista, anti-latifundista y anti-monopolista, es una Revolución Democrático Popular. Es democrática porque reemplazará la actual dictadura minoritaria de las fuerzas más reaccionarias en alianza con el imperialismo, por la democracia para el pueblo, expresada a través de una forma de dictadura del proletariado, que éste ejerce, en alianza con otros sectores del pueblo que lo acompañan en esta primera etapa de la revolución, contra las fuerzas más reaccionarias.

Es popular porque, junto al proletariado como fuerza dirigente, participan en esta primera etapa de la revolución, vastos sectores de nuestro pueblo capaces de luchar contra el imperialismo y las clases monopolistas de la ciudad y del campo.

En suma, es una Revolución Democrático Popular, porque establecerá la dictadura contra los sectores ultra-reaccionarios y la democracia para el pueblo.

La revolución Democrático Popular es una etapa en el proceso ininterrumpido hacia el socialismo y, al ser dirigida por el proletariado y su Partido marxista-leninista, necesariamente lleva hacia él. Justamente una de las preocupaciones básicas del proletariado y de su Partido de vanguardia, debe ser el que la revolución no se detenga en su primera fase y el crear, durante su desarrollo, primero, y desde el poder luego, todas las condiciones necesarias para su paso a la etapa Socialista.

Una vez asentado el poder Democrático Popular, destruido el dominio del imperialismo yanqui sobre Chile y la dictadura de sus aliados más reaccionarios y expropiados sus intereses económicos, se crea un sector estatal de la economía que posibilita un rápido desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción de tipo socialista, lo que permite, apoyándose en las masas populares y en el poder estatal, un control, limitación y, posteriormente, liquidación de las relaciones de producción de tipo capitalista. Este proceso conduce a una agudización de la lucha de clases y, finalmente, a la necesidad de eliminar la resistencia que los sectores no-proletarios oponen al triunfo definitivo de la Revolución

capas no proletarias, tanto del campo, como de la ciudad, es básico no olvidar nunca el rol del campesinado realzando siempre el papel de la alianza obrero-campesina y el hecho que el camino de nuestra revolución, la Guerra Popular, tendrá como escenario fundamental el campo.

Socialista.

De este modo, el proletariado urbano y rural, en alianza con los sectores más pobres del campo, derrota políticamente al resto de los explotadores burgueses y concentran en sus manos el poder, estableciendo la Dictadura del Proletariado.

CAPITULO II

TRANSFORMACIONES PROGRAMATICAS EN CHILE

Del análisis marxista-leninista de nuestra realidad nacional se desprenden los cambios de fondo económicos, políticos y sociales, que es preciso alcanzar en cada etapa del proceso de la Revolución Chilena.

Desde el momento en que nuestra lucha, como lo hemos señalado antes, forma parte de la revolución mundial y se beneficia con sus avances y su apoyo, las realizaciones programáticas deben contemplar, junto a los cambios que se proponen en el plano nacional, aquellos que es necesario impulsar en el orden internacional.

1.— OBJETIVOS INTERNACIONALES

A— LUCHA ANTI-IMPERIALISTA

Considerando que el enemigo número uno del movimiento revolucionario es el imperialismo y, particularmente, el imperialismo norteamericano, se le debe oponer el conjunto de las fuerzas revolucionarias como un Frente Unico de carácter mundial.

El proletariado chileno y sus aliados deben participar activamente en el Frente Unico internacional anti-imperialista, y propender a su fortalecimiento y ampliación. Este Frente Unico, que deben integrar las fuerzas revolucionarias y avanzadas de Chile, está potencialmente formado por el campo socialista; por las fuerzas progresistas de los países capitalistas encabezados por el proletariado y por los pueblos de las naciones oprimidas y recién liberadas.

Nuestra participación activa, en un Frente Unico antiimperialista, implica, no sólo una adhesión formal o la simple conciencia de que existen objetivos comunes, sino, un apoyo resuelto, directo y combatiente a las fuerzas que, en cualquiera parte del mundo, luchan en contra del imperialismo.

La lucha anti-imperialista exige una acción resuelta contra todos los procedimientos y medios de que se vale el capitalismo monopolista norteamericano, como jefe de las fuerzas reaccionarias del mundo, para ejercer y ampliar su dominio sobre otras naciones y pueblos. Debemos combatir, por consiguiente, contra todos los organismos y sistemas, ya sea de carácter económico, o político, cultural, militar o de otro tipo, que sirvan a la política imperialista.

Las propias Naciones Unidas y, por cierto, aquí en América, la Organización de Estados Americanos, transformada en un Ministerio de Colonias del Departamento de Estado yanqui, deben ser duramente atacadas y repudiadas, en la medida en que se presten como instrumentos para la política agresiva y de pillaje del imperialismo norteamericano.

Debemos combatir, también, contra la política de expansión económica del imperialismo, particularmente, del norteamericano, ya sea que se valga para ello de Pactos, del uso del dumping, de inversiones directas o indirectas, del control sobre el comercio internacional, del deterioro de los términos del intercambio, u otros procedimientos que les sirven para someter a los pueblos y naciones a sus intereses monopolistas.

Debemos luchar contra la penetración cultural e ideológica del imperialismo yanqui, que deforma y destruye las culturas nacionales exaltando el corrompido y estúpido "modo de vida norteamericano". Denunciamos, a este respecto, como hipócrita e interesada la pretendida "ayuda" a la labor científica y cultural, que dispensan con el propósito de frenar el desarrollo económico independiente de las naciones y obtener derechos de control político e ideológico sobre la educación y desarrollo cultural de otros países.

Es preciso rechazar activamente, tanto las alianzas militares, como la OTAN, OTASO, el

Pacto de Río de Janeiro y otras, fraguadas por el imperialismo, como el apoyo directo que éste presta a diversos regímenes reaccionarios para apuntarlos en el poder. (11).

Cuando las provocaciones habituales y sistemáticas del imperialismo yanqui, se transformen en invasiones u otras formas de agresión armada directa contra algún pueblo, debemos movilizar a las masas y todos los recursos de que se disponga, para responder a ellas "golpe por golpe", solidarizando en forma efectiva y combatiente con los agredidos y castigando al imperialismo en sus intereses y personeros donde quiera se encuentren.

La lucha por la paz, la coexistencia y emulación pacífica entre regímenes sociales diferentes, la lucha por el desarme y la proscripción completa de las armas atómicas, planteadas desde un punto de vista revolucionario, son parte importante del combate internacional contra el imperialismo.

La mejor manera de defender la paz, es desarrollar en todas sus formas el movimiento revolucionario internacional, ya que, debilitando al imperialismo, reducimos, al mismo tiempo, su capacidad bélica y aproximamos su derrota definitiva, única garantía de una paz completa y duradera para el mundo.

La lucha por la paz, por consiguiente, no debe ser separada, ni menos contrapuesta, como hacen los revisionistas contemporáneos, a la lucha revolucionaria o de liberación de los pueblos. Esto significa, que la unidad, consolidación y desarrollo de los países socialistas, el combate emancipador de los pueblos y naciones oprimidas, la lucha revolucionaria del proletariado y sus aliados en los países capitalistas, así como la movilización de diversos sectores y personalidades contrarias a la guerra, contribuyen todos ellos a consolidar la paz.

Con el mismo fin, apoyamos la coexistencia y emulación pacíficas entre países con diferente sistema social, en el bien entendido, que ellas son impuestas al mundo capitalista, más que por negociaciones diplomáticas y tratados, por el poderío del campo socialista y de las fuerzas revolucionarias internacionales. Sin embargo, rechazamos la extensión de estos principios a las relaciones entre las naciones oprimidas y sus opresoras o a las clases sociales antagónicas. Nos oponemos, también, a que con el pretexto de la coexistencia o emulación pacíficas, se renuncie al apoyo que, en todos los terrenos, inclusive militar, deben prestar las naciones socialistas y las fuerzas revolucionarias del mundo capitalista, a quienes combatan en cualquier lugar contra las fuerzas reaccionarias y el imperialismo.

Propiciamos la lucha general por el desarme, como una consigna para movilizar a las masas contra los preparativos bélicos del imperialismo, sin considerarlo, sin embargo, como el contenido fundamental de las tareas por la paz y sin crear ilusiones acerca de la posibilidad real de lograrlo mientras subsista el imperialismo y el capitalismo.

Abogaremos por la prohibición completa y destrucción de las armas nucleares, contra el chantaje atómico o las soluciones parciales de este problema que tiendan a beneficiar al imperialismo.

B— INTERNACIONALISMO PROLETARIO

Consideramos, como todos los marxista-leninistas, la causa del proletariado de nuestro país, como parte de la lucha proletaria mundial y, por lo mismo, como un deber el apoyo mutuo de los revolucionarios en todas sus formas.

Apoyamos firmemente a los países socialistas que, basándose en el marxismo-leninismo, construyen el socialismo. Nos hacemos un deber, además, el divulgar sus realizaciones y

¹¹ Al transformarse la URSS en una potencia socialimperialista, el Pacto de Varsovia se ha convertido en un instrumento más al servicio de su agresiva política exterior. La invasión de Checoslovaquia es un ejemplo claro de esto. Por lo tanto, es necesario, incluir dicho pacto dentro de las diversas alianzas creadas por las potencias imperialistas, destinadas a aplastar la lucha revolucionaria de los pueblos y a respaldar los regímenes reaccionarios que los oprimen.

cooperar, en la medida de nuestras posibilidades, a su avance.

Como integrantes del movimiento comunista internacional declaramos nuestra adhesión a los principios revolucionarios contenidos en las Declaraciones de Moscú de 1957 y 1960, y rechazamos categóricamente las tesis erróneas introducidas en ellas por el revisionismo contemporáneo. ⁽¹²⁾

Otorgamos todo nuestro apoyo al combate revolucionario del proletariado y sus aliados en los países capitalistas.

Apoyamos activamente a todos los pueblos que luchan por su independencia, contra el colonialismo directo o sus manifestaciones encubiertas. Integramos nuestra acción particularmente con ellos, por tener intereses y problemas comunes e intercambiaremos experiencias e instrucción política y militar.

Impulsaremos por todos los medios a nuestro alcance, particularmente el desarrollo, la coordinación e integración de la lucha revolucionaria y emancipadora de América Latina, pues, el triunfo popular en cualquier nación latinoamericana está directamente ligado al avance de la revolución en escala continental. Prestaremos nuestro apoyo más resuelto a los pueblos hermanos del Continente en cada paso de su lucha anti-imperialista, y contra el latifundio y demás fuerzas reaccionarias y en sus esfuerzos por abrirse paso a una vida independiente que los conduzca al socialismo.

Apoyamos con todas las fuerzas a la Revolución Cubana, y cualquiera otra que surja en América Latina, y difundiremos sus realizaciones en la construcción del socialismo. Refutaremos las calumnias que en su contra lanzan el Departamento de Estado y sus cómplices e impulsaremos a nuestro pueblo a devolver golpe por golpe las agresiones de que la haga objeto el imperialismo. Nos movilizaremos activamente para que se restablezcan las relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba, por romper el criminal bloqueo que sufre por parte de Estados Unidos y porque recupere todos sus derechos en el concierto de las naciones latinoamericanas.

Impulsaremos la creación de organismos de masas revolucionarios de carácter continental, que permitan coordinar la acción contra los enemigos comunes: el imperialismo norteamericano, las burguesías monopolistas y los terratenientes latinoamericanos y el revisionismo.

Apoyamos y contribuiremos a la formación de auténticos partidos marxistas-leninistas en aquellas naciones latinoamericanas donde el movimiento popular continúe bajo la influencia dominante de oportunistas de izquierda o derecha y combatiremos firmemente la influencia que ejerce actualmente el revisionismo contemporáneo en ciertos sectores de América Latina.

Rechazamos las vacilaciones y las tendencias a la neutralidad, que se advierten en algunos partidos del continente, frente al combate ideológico que se desarrolla en la actualidad entre las corrientes oportunistas de derecha y los marxistas-leninistas. ⁽¹³⁾

¹² El desarrollo de la lucha antiimperialista y antirrevisionista a escala mundial, ha demostrado que las Declaraciones de Moscú son meros documentos de compromiso. Por lo tanto, nada han aportado a dicha lucha, que no sea introducir la confusión permitiendo, además, que cierta variante del revisionismo (el neutralismo) siga cubriéndose con la careta del marxismo-leninismo.

¹³ En la época en que se redactó este Programa ya podíamos advertir la tendencia de los dirigentes cubanos a unirse a los revisionistas a través de una postura pretendidamente neutralista en la polémica entre marxista-leninistas y revisionistas contemporáneos. Posteriormente han ido cada vez más lejos en el estrechamiento de dichos lazos. Los siguientes hechos son una prueba de ésto:

(a) Las desmesuradas alabanzas de Fidel Castro a Jruschov, poco tiempo antes de su caída, cuando éste era ya un cadáver político, con el solo fin de ayudarlo a sostenerse en el poder.

2.— OBJETIVOS NACIONALES

A.— GOBIERNO DEMOCRATICO POPULAR

El primer objetivo programático en el orden nacional consiste en el derrocamiento de los aliados más reaccionarios del imperialismo, vale decir, los terratenientes y la gran burguesía monopolista y financiera, destruyendo el aparato estatal a su servicio y arrebatándoles el poder político y económico que detentan, para ponerlo en manos del proletariado y de las otras fuerzas revolucionarias.

De esta primera etapa de la revolución, deberá surgir un nuevo tipo de Estado y de Gobierno, de carácter Democrático Popular.

Este nuevo tipo de Estado constituye una forma de dictadura del proletariado, que esta clase ejerce en esta primera etapa de transición al socialismo, en estrecha alianza con el semi-proletariado y la pequeña burguesía de la ciudad y el campo, atrayendo, en la medida en que ello sea posible, a la burguesía media urbana y rural a colaborar en las tareas anti-imperialistas, anti-terratenientes y destinadas a terminar con la burguesía monopolista y financiera, así como aislando, neutralizando o combatiendo, según las circunstancias, a la burguesía capitalista desarrollada de la ciudad y del campo.

El Poder en el nuevo Estado Democrático Popular, será ejercicio inicialmente por un Gobierno Provisional centralizado, que se apoyará en los organismos regionales y locales de Poder, surgidos a través del proceso revolucionario. Este Gobierno Provisional, establecido nacional y regionalmente, por las fuerzas revolucionarias triunfantes, dirigidas por el proletariado a través de su Partido marxista-leninista, asumirá la totalidad de las funciones ejecutivas, legislativas y judiciales, destruyendo el viejo aparato administrativo y militar de los reaccionarios al derrocarlos del Poder, junto con sus aliados imperialistas.

A través del Gobierno Provisional, el proletariado, el semi-proletariado, la pequeña burguesía y burguesía media, tanto urbanos como rurales, e incluso, aquellos sectores burgueses no monopolistas, que no apoyen a los contra-revolucionarios, ejercerán la totalidad de los derechos políticos, suprimiéndose, en cambio, éstos y otros derechos a los reaccionarios derrocados del Poder y a quienes los apoyen.

(b) La reunión en La Habana con los 22 partidos revisionistas de América Latina y el comunicado conjunto allí emitido, expresando completo acuerdo con dichos traidores.

(c) El calumnioso y artero ataque de Fidel Castro a la República Popular China en vísperas de la Conferencia Tricontinental. Este ataque, prestaba de hecho un señalado servicio al imperialismo y servía, al mismo tiempo, para apoyar la tambaleante dirección del PCUS.

(d) Haber organizado la Tricontinental y la OLAS apoyándose exclusivamente en los revisionistas y algunos pequeños grupos de incondicionales. A través de ésto, pretendían aislar a los verdaderos revolucionarios y transformar dichos organismos en entidades al servicio del revisionismo internacional como los hechos posteriores lo han demostrado.

(e) Haber pretendido por todos los medios acallar la polémica pública entre marxista-leninistas y revisionistas, pretextando que era "bizantinismo" y motivo de desunión. O sea, perjudicaba la "unidad" con los revisionistas, es decir, con la burguesía.

(f) El pretender colocar el movimiento revolucionario latinoamericano a su servicio tratando, además, de imponer la línea aventurera pequeño-burguesa del foco guerrillero allí donde le fuera posible.

(g) Haber firmado con Luis Corvalán, jefe de la camarilla de renegados revisionistas chilenos, un comunicado declarando total identidad de puntos de vista entre ambos partidos.

(h) El ataque alevoso, sistemático y permanente contra todos los Partidos marxista-leninistas de América Latina, pretendiendo descomponerlos y liquidarlos a través de la intriga, el soborno, la corrupción y la delación. Hoy día ya son muchos los que se preguntan: ¿a quién sirve ésto, a los pueblos latinoamericanos o al imperialismo yanqui y a los revisionistas?

La ausencia del proletariado en la dirección del estado cubano, la línea de construcción económica basada en la "división internacional del trabajo" patrocinada por Moscú, el desarme de la milicia popular, la inexistencia de un Partido verdaderamente proletario, etc. etc., todo esto unido a los hechos mencionados más arriba, nos explica la línea de aparente discrepancia y real unidad adoptada por los dirigentes cubanos frente al revisionismo contemporáneo.

De estos mismos órganos de ejercicio directo del Poder político de las fuerzas revolucionarias enumeradas, surgirán las normas y procedimientos destinados a institucionalizar en el futuro el Estado Democrático Popular a través de una nueva Carta Fundamental o Constitución que reglamente los mecanismos de expresión política de dichas fuerzas, así como los derechos y deberes individuales de sus integrantes.

B.— MEDIDAS ANTI-IMPERIALISTAS

El nuevo Gobierno Democrático-Popular:

Nacionalizará el cobre, el hierro, el salitre y, en general, todas las riquezas chilenas que están en manos del imperialismo yanqui, así como las empresas de utilidad pública o privadas que controla y posee.

Expulsará al imperialismo norteamericano de todos los sectores de la economía nacional donde ejerce algún dominio, ya sea a través de capitales mixtos, marcas y patentes de fabricación u otros procedimientos, estableciendo los controles necesarios para impedir cualquier forma de penetración neo-colonialista o disfrazada.

Establecerá el cese del pago de la deuda externa con el imperialismo yanqui y desahuciará todos los compromisos económicos contraídos con él, que sean lesivos al interés nacional.
(¹⁴)

Terminará con el monopolio que ejerce sobre nuestro comercio internacional y con cualquier impedimento que interponga a nuestras relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con el resto de los países del mundo.

Desahuciará el Pacto Militar con Estados Unidos, el Pacto de Río de Janeiro y todos los compromisos bélicos impuestos por el Departamento de Estado a Chile y a otros países latinoamericanos y se expulsará las misiones militares que éste mantiene en nuestra nación.

Combatirá la penetración ideológica del imperialismo norteamericano y cualquiera ingerencia o tuición de éste sobre nuestra educación, investigación u otro aspecto de la cultura nacional, que ejercita sobre la base de donaciones, becas u otros procedimientos.

C.— MEDIDAS CONTRA LOS TERRATENIENTES

El Gobierno Democrático-Popular creará un organismo, en el que tendrán amplia participación representantes directos de los obreros y campesinos, el cual se encargará de planificar y poner en práctica la Reforma Agraria Revolucionaria y los planes estatales destinados a ayudar a la producción agropecuaria.

El mencionado organismo estatal confiscará, sin indemnización, las tierras, edificios, maquinarias y otros medios de producción de los latifundistas, para entregarlos, en primer lugar, a los trabajadores agrícolas sin tierras y, también, a los propietarios pequeños y medios que posean insuficiente cantidad de ellas.

Las tierras fiscales serán distribuidas dando preferencia a sus actuales ocupantes.

Les será reconocida la posesión de sus predios a quienes hayan ocupado tierras de latifundistas o del Estado aún antes de tomarse el poder las fuerzas revolucionarias. A los indígenas les serán restituidas las tierras que les han sido usurpadas.

El Gobierno reservará para sí aquellos latifundios que por sus características económicas sean aptos para destinarlos a una producción de carácter estatal, creando así un sector

¹⁴ Esta formulación no es clara dando lugar a pensar que podrían existir tratados con el imperialismo que no fueran lesivos al interés nacional. Todos los tratados impuestos por el imperialismo a nuestro país, lo perjudican y, por lo tanto, es necesario luchar por su derogación completa.

socialista en la economía agraria.

El nuevo Gobierno proporcionará créditos controlados y facilidades para obtener herramientas, aperos, semillas, abonos, maquinarias e instalaciones, así como la ayuda técnica necesaria, para el desarrollo de la producción agropecuaria.

Se tomarán medidas en profundidad de carácter educacional, sanitario, cultural y económico, destinadas a disminuir el desnivel existente, entre los trabajadores de la ciudad y del campo.

Se estimulará por diversos procedimientos la formación de cooperativas de producción y trabajo, que vayan, con la ayuda del Estado, facilitando y promoviendo el paso a formas socializadas de producción en el campo.

La aplicación de éstas y otras medidas fundamentales será sistematizada mediante la rápida dictación de una Ley de Reforma Agraria Revolucionaria.

D.— MEDIDAS CONTRA LA BURGUESIA MONOPOLISTA Y FINANCIERA

El Gobierno Democrático-Popular, tomará todas las medidas tendientes a liquidar el poder económico de la burguesía monopolista y financiera, y para ello adoptará las disposiciones siguientes:

Los bancos particulares serán suprimidos y el Banco del Estado, bajo la tuición de las nuevas fuerzas sociales en el poder, tomará el control y la dirección de toda la actividad bancaria y crediticia del país.

Se eliminarán las Bolsas de Comercio y el tráfico de valores y divisas.

Las empresas de utilidad pública, las compañías de seguros, el comercio monopolista, principalmente, el de distribución mayorista y las grandes industrias que ocupen una posición monopólica en la vida económica del país, serán nacionalizados, pasando a formar parte del sector estatal de la economía, sometido a planes y metas periódicas.

El comercio exterior será nacionalizado y dirigido por corporaciones estatales creadas con este objeto. El comercio interior, que no sea nacionalizado, será sometido a control para evitar la acción de especuladores y acaparadores.

Las instituciones fiscales y las empresas estatales ya existentes o que surjan sobre la base de las nuevas empresas nacionalizadas, serán ampliamente democratizadas y reorganizadas, de tal modo que trabajen con eficiencia y reflejen la influencia de las nuevas clases que detentan el poder.

Los grandes propietarios urbanos, serán expropiados, pasando sus inmuebles a poder del Estado, los que serán entregados en arrendamiento a sus actuales ocupantes por sumas que estén en relación con el tipo de inmueble y con el salario que éstos perciban.

E.— MEDIDAS RESPECTO A LOS GRANDES CAPITALISTAS NO-MONOPOLISTAS.

La actitud del Gobierno en relación a las empresas de la burguesía capitalista desarrollada no-monopolista y a las propiedades de los agricultores capitalistas, estará determinada por la posición que asuman respecto a la revolución y al nuevo Gobierno Democrático-Popular. A aquellos que se hayan pasado al campo de la contra-revolución colaborando estrechamente con el imperialismo y los ultrareaccionarios contra el pueblo, se les dará el mismo tratamiento que a éstos adversarios principales, y sus empresas y propiedades serán expropiadas, perdiendo, además, sus derechos ciudadanos. A aquellos, en cambio, que hayan mantenido una actitud neutral o, incluso, pudieran haber apoyado en determinadas circunstancias la lucha anti-imperialista, anti-monopolista y contra los terratenientes, se les dará un tratamiento similar al que se le otorgará a la burguesía media.

Las empresas y propiedades de la pequeña y mediana burguesía rural y urbana, se verán estimuladas al suprimirse las trabas que les imponían los latifundistas, la burguesía monopolista y el imperialismo yanqui. Al controlar el Gobierno Democrático-Popular el crédito, el comercio internacional, el comercio de distribución, así como el abastecimiento de materias primas y otros elementos de trabajo, podrán ser ayudadas, en la medida que no se vuelvan, contra el poder popular y no entorpezcan los planes económicos estatales. Junto a lo anterior, el Estado procurará asegurarles un mercado estable para sus productos y favorecerá su desarrollo en la medida en que se intensifique su coordinación e integración a la economía dirigida por él.

Los obreros y empleados que trabajen en las empresas capitalistas de propiedad privada, serán garantizados en sus derechos y conquistas por el Gobierno, así como en la ampliación de ellos, de acuerdo al desarrollo económico. Será impulsada la sindicalización entre estos trabajadores, otorgándose al sindicato un papel contralor en la empresa. Los salarios y beneficios sociales que, de acuerdo a su especialidad y calificación, reciban los obreros y empleados de las empresas no nacionalizadas, deberán ser iguales a los que perciban aquellos que laboran en empresas estatales.

El Gobierno controlará la eficiencia técnica y productividad de las empresas de propiedad privada y racionalizará las cargas tributarias que hoy soportan. Se promoverá y estimulará diversas formas de coordinación de la producción de las empresas privadas con los planes estatales, de modo de propender a su integración gradual al sector público de la economía.

La Revolución Democrático-Popular, al remover las trabas que el imperialismo norteamericano y los sectores más reaccionarios imponían al avance económico del país, permitirá un cierto desarrollo de algunas empresas capitalistas que no serán expropiadas. Sin embargo, este desarrollo se encontrará limitado y controlado, tanto por la existencia de un sector estatal socialista de la economía que será el dominante, como por el hecho de que el poder y la fuerza estén en manos del pueblo dirigido por el proletariado. Estos últimos factores son, precisamente, los que garantizan que la Revolución Democrático-Popular se transforme en Revolución Socialista y no siga la senda del nacionalismo burgués.

F.— CONDICIONES DE VIDA DEL PUEBLO.

El nuevo Gobierno, sobre la base de una redistribución de la renta nacional, del desarrollo de la producción, de la nacionalización de numerosas riquezas y empresas que hoy posee o controla el imperialismo o los sectores monopolistas de la burguesía, de una Reforma Agraria Revolucionaria y otras medidas, dará un poderoso impulso a un rápido mejoramiento de las condiciones materiales y culturales en la vida de las grandes masas populares y, particularmente, del proletariado y las clases explotadas del campo.

Se garantizará el derecho del pueblo a la adquisición cada vez a menor precio, de alimentos, vestuario y de aquellos otros elementos y servicios indispensables a su vida.

Se efectuará una reforma tributaria que tienda a disminuir los impuestos indirectos y, en general, aquellos que gravitan fundamentalmente sobre las masas populares, para hacer recaer los tributos principalmente como impuestos directos, sobre capitales, propiedades, rentas y utilidades, con un sistema racional y fuertemente controlado.

Be unificará, democratizará y perfeccionará el sistema de previsión social, haciéndolo extensivo a los trabajadores que se desempeñan por cuenta propia o sin patrón y garantizando que, aparte de recibir los beneficios normales, se encuentren a cubierto en cualquier situación de emergencia que los incapacite para realizar su trabajo normal.

La atención médica estatal, preventiva y curativa, será ampliada y perfeccionada y, aparte de asegurar sus beneficios a todos los trabajadores y sus familiares, se emprenderán grandes campañas de medicina social y de instrucción sanitaria destinadas a las grandes

masas. El expendido de medicinas y alimentos infantiles lo hará el Estado y será sometido a un estricto control por parte de las autoridades sanitarias, no sólo en lo que respecta a su calidad sino, también, en sus precios.

El Gobierno Revolucionario propenderá, por todos los medios a su alcance, a la realización de un plan masivo de construcción de viviendas populares y estimulará la auto-construcción proporcionando terrenos urbanizados, materiales y la ayuda técnica necesaria. Se destinará, así mismo, una atención preferente a la construcción de hospitales, escuelas, guarderías infantiles en las fábricas y otros lugares de trabajo, colonias populares de verano, restaurantes populares, almacenes estatales y otras obras destinadas a favorecer a las grandes masas trabajadoras.

Se dictará una rebaja general de las rentas de arrendamiento, fijándolas en relación al tipo de inmueble y al salario o sueldo que perciban sus ocupantes, estableciendo la inamovilidad de estos últimos. A los pequeños y medianos propietarios, para los cuales las rentas que perciben por sus propiedades constituyen una parte fundamental de sus entradas, el Gobierno les fijará el monto de dicha renta de acuerdo con el avalúo de sus inmuebles, compensándoles cuando, a causa de la disposición anterior, reciban una renta inferior.

Se pondrá en práctica un vasto plan de alfabetización y educación popular, tanto democratizando la enseñanza de manera que los trabajadores tengan acceso a todos los niveles, como llevándola, junto con otros estímulos culturales, a los propios organismos de masas. El Gobierno otorgará, además, numerosas becas que faciliten la posibilidad, a los hijos de obreros y campesinos, de incorporarse al estudio y proseguirlo.

Se efectuará una profunda reforma educacional, que pondrá el control de la educación en manos del Estado y estará destinado a poner la enseñanza al servicio de la revolución y del desarrollo de una cultura nacional, democrática y científica y a resolver sus deficiencias de carácter técnico y pedagógico.

El Gobierno estimulará el desarrollo de las manifestaciones artísticas, folklóricas, de las tradiciones nacionales y otras formas de cultura autóctona y popular.

3.—TAREAS DE LA ETAPA SOCIALISTA DE LA REVOLUCION

Aunque la meta siguiente dentro de la revolución, después de la etapa transitoria democrático-popular, es el socialismo, no creemos que sea justo establecer, desde ya y en detalle, el programa que a ella corresponde, pues, algunas de sus características deberán determinarse de acuerdo con el rumbo y los rasgos fundamentales que se den en la Revolución Democrático-Popular.

En todo caso, la etapa Socialista de la Revolución se logra abriendo paso a la dictadura del proletariado, en alianza con los campesinos pobres y sobre la base de la liquidación del soporte económico y de la influencia política del resto de las clases explotadoras, que aún subsisten en la etapa Democrático-Popular.

Lo anterior se logra por medio de la abolición de la propiedad privada capitalista sobre los instrumentos y medios de producción, así como la liquidación, en lo fundamental, de la propiedad privada sobre la tierra y los instrumentos y medios de producción agropecuarios.

Las medidas de socialización y colectivización serán aplicadas intensiva o gradualmente de acuerdo a las condiciones concretas existentes en la primera etapa revolucionaria y al desarrollo de la lucha de clases encabezada por el proletariado, pues ellos no son otra cosa que la ampliación y profundización de las medidas puestas en práctica durante el período democrático-popular.

Las realizaciones del socialismo aseguran un acelerado desarrollo de las fuerzas productivas y una elevación sustancial del nivel de vida de las masas, de acuerdo con el principio: "de

cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo".

Una vez cumplidas las principales metas de la edificación socialista y establecidos los fundamentos económicos necesarios, se extinguirán gradualmente las clases sociales y el Estado como manifestación del poder de una clase; se zanjarán las diferencias esenciales entre el trabajo físico y el intelectual, así como entre la ciudad y el campo; todo lo cual, unido a un amplio desarrollo del nivel político, cultural y moral de las grandes masas, abrirá paso a la Sociedad Comunista. Con el comunismo, nuestra meta suprema, sobre la base de la abundancia, se hará realidad el principio: "de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades".

CAPITULO III

ESTRATEGIA DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA

1.— GENERALIDADES

A.— EL PAPEL DE LA ESTRATEGIA.

El análisis teórico de nuestra realidad nacional, a la luz del socialismo científico, nos muestra **lo que Chile es** en el momento presente, es decir, su estructura económica, las instituciones surgidas sobre ella, su composición de clases y las contradicciones entre ellas y la posición de nuestro país en el mundo actual. Los objetivos programáticos, por su parte, señalan las transformaciones que es preciso efectuar para resolver los problemas más agudos que sufre el proletariado y las otras capas explotadas de nuestro pueblo, o sea, **lo que Chile debe ser.**

A la Estrategia, así como a la Táctica que le está subordinada, les corresponde, basándose en dicho análisis de nuestra realidad objetiva —económica-social, institucional y de conciencia— plantear los procedimientos, métodos, formas orgánicas y orientaciones, que es necesario llevar a la práctica para desarrollar el movimiento revolucionario y lograr la materialización de los objetivos programáticos, a través de la conquista del poder.

La Estrategia, apoyándose en las características antes mencionadas sometidas previamente a un análisis a la luz del marxismo-leninismo, contribuye a desarrollar la conciencia de clases revolucionaria y la combatividad, transformándolas en formas orgánicas y en acciones tendientes a conquistar el poder y realizar el Programa. Todo esto, a su vez repercute sobre las condiciones objetivas, impulsando los aspectos favorables a la revolución y limitando aquellos que se le oponen. El desarrollo de los factores revolucionarios y el consiguiente retroceso de los que favorecen a la reacción, bajo la influencia de una efectiva estrategia proletaria, determina finalmente el triunfo de la revolución y la posibilidad de realizar su Programa. Una de las características de nuestro país, por ejemplo, es la existencia de múltiples contradicciones (económicas, políticas, sociales, culturales, etc.) entre el imperialismo, particularmente el norteamericano, y el pueblo de Chile. A la estrategia le corresponde, en este caso, el lograr que las grandes masas tomen conciencia de la explotación imperialista sobre Chile, transformando dicha conciencia en formas orgánicas y acciones destinadas a combatir a este enemigo mortal de nuestro pueblo. De este modo, las contradicciones objetivas con el imperialismo yanqui, que saquea nuestras riquezas y explota a los chilenos, se transformarán en conciencia y en acciones anti-imperialistas destinadas a derrotarlo y liberarnos de su opresión.

B.— RELACIONES ENTRE LA ESTRATEGIA Y LA TACTICA.

A la Estrategia le concierne la planificación y conducción del movimiento revolucionario hasta que éste cumpla los objetivos programáticos correspondientes a las etapas del proceso continuado de la Revolución. Existe una estrategia de la revolución Democrático-Popular que, en lo esencial, permanece hasta derrotar al imperialismo norteamericano en Chile, a los grandes terratenientes y al capitalismo monopolista y financiero, arrebatándoles el poder e iniciando el cumplimiento del Programa trazado para dicha etapa.

La Estrategia exige, para guiar el movimiento hacia su meta, el conocer las fuerzas con que se cuenta; el establecer con precisión cuál es el enemigo principal y los secundarios en cada etapa; y la determinación de las orientaciones generales que inspiraran la conducción de la lucha hasta su triunfo sobre determinados adversarios.

La Táctica está subordinada a la Estrategia, consistiendo en la ejecución de ella y en la adaptación de sus directivas a las circunstancias concretas vigentes en un momento y lugar determinados. Mientras la Estrategia, por consiguiente, se preocupa de planificar, organizar

y orientar los diversos combates que habrán de conducir al éxito en la guerra contra determinados adversarios de clase, la Táctica se encarga de la ejecución concreta de dichos combates, en consonancia con el plan estratégico general. Para establecer un plan táctico, destinado a enfrentar una situación determinada, es preciso, por una parte, tomar en cuenta las características propias de esa situación concreta y, por la otra, regirse por ciertas normas generales de carácter estratégico a las cuales debe subordinarse cualquier batalla que se emprenda. Si desde un punto de vista estratégico, por ejemplo, se es todavía más débil que los reaccionarios y se encuentra planteada la necesidad de acumular fuerzas combatiendo, sin aceptar todavía un choque decisivo con el enemigo, las diversas acciones tácticas deberán guiarse por esta situación concreta y por dicha directiva estratégica general. Por ejemplo, una huelga, una batalla contra las alzas, una protesta anti-imperialista o cualquier otra acción, se desarrollarán con el propósito de enseñar a luchar a las masas y agrupar más fuerzas en torno a la revolución, pero, sin dejarse arrastrar aún a un choque frontal con los reaccionarios. Qué tipo de acción concreta sea más útil en un momento determinado, para desencadenar la combatividad de las masas, es un asunto que lo resuelve la Táctica, pero, lo resuelve siempre, teniendo en vista la situación estratégica general y sus normas vigentes para esa etapa del proceso revolucionario.

La Táctica, sin embargo, a pesar de estar subordinada a la Estrategia, es diferente a ésta, e incluso, para cumplir con los objetivos que le plantea, puede asumir procedimientos distintos y, en ciertos casos, opuestos a ella. Así, por ejemplo, mientras en un sentido estratégico, es justo aceptar una guerra contra un enemigo varias veces superior en fuerza; para derrotarlo, en cambio, desde un punto de vista táctico, será indispensable, en cada batalla, tratar de obtener una considerable superioridad de fuerzas sobre él. Resulta, entonces, que la posibilidad de derrotar a ese enemigo más poderoso desde un punto de vista estratégico, sólo será factible a condición de lograr, desde un punto de vista táctico, lo contrario, es decir, el ser más poderoso que dicho adversario.

2.— LOS INSTRUMENTOS DE LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

La Estrategia de las fuerzas revolucionarias, encabezadas por el proletariado, en su guerra contra sus enemigos de clase, presupone la existencia de tres instrumentos de primera importancia, que constituyen el eje de la lucha por el poder. Ellos son: el Partido Revolucionario marxista-leninista, el Frente Único y las Fuerzas Armadas del Pueblo.

A.—EL PARTIDO REVOLUCIONARIO MARXISTA-LENINISTA.

a) Principios Generales.

A la revolución se llega mediante la fusión de la teoría del socialismo científico, con la lucha espontánea de las masas explotadas. El Partido Revolucionario es la más elevada expresión de dicha fusión del socialismo científico con el movimiento espontáneo de masas. La existencia de una justa teoría revolucionaria es estéril si ella no se encarna en un movimiento de masas y lo orienta. Por otra parte, dicho movimiento de masas, será ineficaz y ciego en su actuar, si no es organizado y dirigido por un Partido Revolucionario que se guíe por el marxismo-leninismo.

Concientes del peligro de que exista un Partido Revolucionario que se oriente por el marxismo-leninismo, los reaccionarios, o bien, combaten fieramente por impedir la formación y existencia misma de los partidos revolucionarios, o los toleran cuando han dejado de serlo y han conseguido corromper a sus dirigentes, apartándolos de los principios del socialismo científico. En Chile ocurre, precisamente, esto último: los partidos tradicionales de la "izquierda" han abandonado, por influencia de sus dirigentes, la ideología y la acción revolucionarias y se limitan a una actividad reformista y conciliadora, actuando a remolque del movimiento espontáneo, de masas, e incluso, frenando su desarrollo e impidiendo que combata resueltamente por el derrocamiento de los explotadores.

El oportunismo que caracteriza a las direcciones de dichos partidos, tiene su base social en elementos pequeño-burgueses y aún explotadores que las controlan; en la presencia e influencia en ellas de burócratas sindicales alejados por largo tiempo del trabajo productivo y funcionarios políticos que manejan y profitan de las finanzas partidarias y de elevados sueldos obtenidos en el ejercicio de cargos públicos y parlamentarios. Estas condiciones económicas privilegiadas, han deformado su conciencia política y de clase, determinando su aislamiento de las masas y su incapacidad para comprender la situación de miseria en que éstas viven, así como la necesidad de ponerle término lo más pronto posible. Todas estas condiciones materiales de vida de los actuales dirigentes revisionistas de la "izquierda" chilena, han motivado su abandono de la lucha revolucionaria y su acomodación a la legalidad burguesa imperante.

Por otra parte, la masonería, verdadera internacional burguesa, infiltrada y controlando puestos claves en las direcciones de los partidos socialista y comunista, así como en sus organismos unitarios, ha contribuido desde hace largo tiempo a acentuar dicho proceso de corrupción y conciliación de clases.

La desviación oportunista de derecha imperante en la "izquierda" chilena, se ha visto reforzada, además, en los últimos tiempos y ha sistematizado sus puntos de vista reaccionarios, a través del apoyo que le han otorgado los representantes de la corriente revisionista surgida en el campo internacional.

No puede haber un desarrollo del movimiento revolucionario sin un combate a muerte y sin claudicaciones contra estos oportunistas, que engañan a las masas y las apartan de su camino hacia el poder; no puede haberlo sin crear un auténtico Partido Revolucionario que dirija al pueblo de acuerdo con el socialismo científico. La lucha contra los reaccionarios, en forma efectiva y eficaz, se estrella contra el muro que los oportunistas ponen, aprovechando su relativa influencia entre las masas, al combate destinado a aplastar a dichos enemigos. La conducción de ellas, por consiguiente, a un enfrentamiento resuelto con sus adversarios, pasa necesariamente por la derrota de los falsos revolucionarios, que obstruyen su camino y las desvían de su objetivo. La ilusión de crear un movimiento de masas revolucionario, "paralelo" al de los oportunistas, sin combatirlos para arrebatárles la dirección que pudieran ejercer sobre ciertos sectores, es falsa y profundamente reaccionaria y anti-leninista. Es preciso no dejarse engañar por el hecho de que los revisionistas exhiban ciertas contradicciones con los reaccionarios al disputarse la dirección de las masas, o en otros problemas secundarios. Cuando se trata de defender el estado burgués, así como su legalidad y sus instituciones, dichas contradicciones pasan a segundo plano y estos enemigos de la revolución se unen en su defensa, quedando de manifiesto que los oportunistas son agentes de la burguesía en el seno del movimiento revolucionario. Por lo mismo, la posición neutralista frente al oportunismo es pernicioso en extremo y es preciso desenmascararla y combatirla con la mayor energía, como condición indispensable para abrir paso a la lucha revolucionaria.

Todo lo anterior indica, que la creación de un auténtico partido marxista-leninista, es una de las tareas centrales de los revolucionarios chilenos en la actual etapa histórica. Si bien es preciso aprovechar para la formación de dicho partido a numerosos militantes honestos y revolucionarios, que aún militan en los partidos tradicionales de izquierda, éste no surgirá de la coexistencia sin principios de ellos con los oportunistas en una misma organización. No es ésto posible, debido a que los revisionistas monopolizan los cargos dirigentes, determinan como fracción la línea a seguir y frenan la discusión y la democracia interna. El camino justo a seguir es el de la ruptura con los oportunistas, para formar una nueva agrupación revolucionaria, libre de ellos, la cual, guiándose por los principios científicos del marxismo-leninismo y apoyándose en las masas, conduzca a nuestro pueblo a la conquista del poder. Este proceso de reagrupamiento de los revolucionarios requiere, junto con un

implacable combate al oportunismo, que ayudemos a la superación de algunos nexos sentimentales que muchos honestos militantes mantienen y que son aprovechados hábilmente, a falta de argumentos ideológicos, por las burocracias oportunistas para retenerlos bajo su influencia negativa.

La magnitud de los errores de las directivas de los partidos socialista y comunista revisionistas y el grado de su corrupción burocrática, así como las calumnias y provocaciones con que han enfrentado las críticas de sus militantes, no permiten suponer que estén honestamente equivocados y dispuestos a reconocer sus errores, aceptando la responsabilidad que les cabe por ellos. Lo justo es, por lo tanto, el romper con estos dirigentes revisionistas como lo hicieron Marx y Engels con los oportunistas de la I Internacional y Lenin con los revisionistas de la II Internacional, abriendo con ello paso al ascenso del movimiento revolucionario.

La experiencia histórica, en lo que lleva ya corrido el debate y la lucha internacional contra el revisionismo contemporáneo, demuestra que los militantes honestos y revolucionarios de los partidos comunistas —aún de aquéllos en que los dirigentes revisionistas han conservado una posición dominante— han jugado un papel decisivo en la reconstrucción de partidos comunistas fieles al marxismo-leninismo y a la revolución. Ya sea, que tales militantes comunistas lograran agruparse en su propio partido en forma rápida y vigorosa, adelantándose a romper con los oportunistas, y expulsándolos de la organización; o bien, que fueran ellos expulsados primero por los revisionistas, temporalmente más fuertes, debiendo, por lo tanto, reagruparse básicamente al margen de su antigua organización, son estos comunistas los que han constituido la columna vertebral de los nuevos partidos marxistas-leninistas. Diversos grupos u organizaciones de izquierda, que surgieron en el pasado, ya sea al margen de los partidos comunistas o bien, desprendiéndose de ellos por razones ajenas al actual debate contra el revisionismo, han asumido, desde diversos ángulos y posiciones —a veces justas y a menudo equivocadas— posturas anti-revisionistas, intentando capitalizar la crisis momentánea surgida en el movimiento comunista. Algunos de ellos han jugado un cierto papel positivo en el combate contra el revisionismo contemporáneo. Sin embargo, han sido, fundamentalmente, quienes estaban dentro de los partidos comunistas y que debieron encarar, como militantes o dirigentes de esos partidos, el debate anti-revisionista surgido en el interior del movimiento comunista internacional, los que han jugado un papel decisivo en dicho debate y en la reconstrucción de partidos que se inspiren en el marxismo-leninismo. Este hecho no es casual, y se debe a que, pese a la influencia revisionista los partidos comunistas por su tradición histórica de lucha, por ser herederos del socialismo científico, así como de normas de disciplina y organización leninistas —que los oportunistas aún cuando los controlen, no han podido borrar del todo— han formado a los mejores cuadros de la clase obrera y del pueblo. ⁽¹⁵⁾

b) Algunos Rasgos Esenciales del Partido Revolucionario Marxista-Leninista.

1) Considerando la experiencia histórica y las perspectivas de enfrentamiento violento con los reaccionarios, el Partido no puede ni debe adoptar las formas tradicionales de organización propias de la mayor parte de los partidos burgueses, es decir, las asambleas.

De acuerdo con los conceptos leninistas, los partidos revolucionarios deben adecuar su estructura al cumplimiento de dos requisitos fundamentales. 1° Ser aptos para la actividad clandestina que presupone toda lucha revolucionaria y 2° La necesidad de que sus organismos, a pesar de lo anterior, mantengan amplios vínculos con las masas populares.

¹⁵ Esta concepción respecto a los "mejores cuadros de la clase obrera y el pueblo", es necesario referirla al momento concreto de iniciación de la polémica pública entre revisionistas y marxista-leninistas. Sin embargo, no es un concepto estático e inmutable. Estos cuadros avanzados, son producto de la lucha de las masas (la lucha entre marxista-leninistas y revisionistas es parte de dicha lucha) y es en el transcurso de ella como nacen y desaparecen.

El tipo de organismo de base que permite en mejor forma cumplir con estos dos requisitos, es la célula, es decir, una agrupación de un pequeño número de militantes, enclavada en los organismos y centros de masas. No obstante, el tipo uniforme de células existentes en los partidos revisionistas, no es apto tampoco para cumplir eficazmente con la doble exigencia mencionada, dado que, si se pretende realizar con ellas un trabajo clandestino y, al mismo tiempo, un trabajo amplio de influencia en las masas, resultarían para lo primero demasiado abiertas e inseguras y para lo segundo exageradamente sectarias y cerradas. Para cumplir con ambas exigencias es necesario estructurar, como lo planteara Lenin, organismos de base partidarios con diversos niveles de amplitud y clandestinidad según las circunstancias. ⁽¹⁶⁾

La aplicación del verdadero sistema leninista de organización celular, con diversos niveles de amplitud y clandestinidad, ayuda a evitar dos extremos igualmente erróneos: el de un partido estructurado exclusivamente como un grupo cerrado y conspirativo, aislado de las masas; y, por el otro lado, la creación de un partido con organismos aptos sólo para un trabajo de masas reformista y legalista.

2) El funcionamiento del Partido Revolucionario se rige por el Centralismo-Democrático, que combina la democracia interna, indispensable para que exista una unidad ideológica, sólida y un trabajo colectivo en el interior del Partido; con la dirección centralizada necesaria para el funcionamiento coordinado y eficiente de la organización en su conjunto.

El Centralismo Democrático se manifiesta, entre otras cosas, por: el carácter electivo de todos los organismos dirigentes del Partido, desde abajo hacia arriba; por la obligación periódica de los organismos dirigentes de rendir cuenta de sus actividades a las organizaciones de base del Partido; por la subordinación de la minoría a la mayoría y de los organismos inferiores a los superiores; por el respeto a las normas orgánicas estipuladas en los Estatutos que se ha dado la organización.

El mayor peso que tenga, en la marcha de la organización, el centralismo o la democracia interna, varía de acuerdo con las circunstancias históricas y con el carácter de la lucha en que el Partido se encuentra comprometido. La existencia de condiciones de estricta ilegalidad, por ejemplo, impiden un ejercicio amplio de la democracia interna, ya que en medio de una represión es difícil que los dirigentes y todas sus actividades y resoluciones sean ampliamente conocidas y juzgadas por el conjunto de los militantes y que se efectúen, a menudo, reuniones representativas y otras manifestaciones de la democracia interna. En tales circunstancias es más necesaria que nunca la conciencia y vigilancia revolucionaria de los militantes y cuadros dirigentes, así como su firme adhesión a los principios, de manera de corregir y eliminar rápidamente las desviaciones oportunistas en que pueda caer la organización.

3) El Partido Revolucionario debe ser la organización de vanguardia de la clase obrera y del pueblo. Este carácter de vanguardia debe entenderse desde un doble punto de vista: ideológico-político y orgánico.

El papel de vanguardia desde un punto de vista ideológico-político, consiste en transformar la teoría revolucionaria en una fuerza social revolucionaria, lo que se consigue elevando la conciencia y actividad espontánea de las masas; señalando los objetivos políticos que

¹⁶ La forma como está presentada esta idea no es clara. Una organización revolucionaria-proletaria para cumplir su papel en el régimen burgués, es decir, para dirigir a las grandes masas a la revolución, debe ser clandestina a fin de poder hacer trabajo abierto entre ellas. Esto significa evitar que los militantes y las organizaciones del Partido sean identificadas como tales pero, no puede ser un pretexto para aislarnos de las masas y no movilizarlas a la lucha, para ocultar a ellas el nombre del Partido, para no realizar propaganda, etc., etc. Los diferentes niveles de amplitud y clandestinidad, se refieren a organizaciones periféricas del Partido, como ser los diferentes tipos de comités que hemos creado últimamente en distintos frentes de masas.

permitan un desarrollo ascendente de dicha actividad, con el objeto de que se transforme en una lucha por la conquista del poder. El cumplimiento eficaz de este papel de vanguardia exige que el Partido se mantenga, en su calidad de fuerza dirigente y orientadora de la lucha de masas, íntimamente vinculada a ellas. Esto implica, al educar a las masas y plantearles los objetivos inmediatos de acción, la necesidad ineludible de considerar su nivel de conciencia colectiva, de manera de no plantearles consignas o tareas, que aunque sean justas, no estén en ese momento en condiciones de comprender o realizar. En sentido contrario, tampoco se debe renunciar al esfuerzo educativo y de orientación hacia el futuro, que corresponde al Partido en su calidad de vanguardia, limitándose a reflejar la conciencia y la actividad espontánea de las masas en un momento determinado, ni menos, debe aquel mantenerse a la zaga de éstas. Se trata, en suma, de apoyarse en el nivel real de conciencia en que se encuentran las masas, pero, no para amoldarse a él, sino, para desarrollar su conciencia y elevar el nivel de sus acciones.

El papel de vanguardia, desde el punto de vista orgánico, exige también, al mismo tiempo que una estrecha vinculación de los organismos del Partido con las masas, la diferenciación de ellas, como el destacamento más organizado y disciplinado. Las condiciones anteriores exigen, por una parte, que el Partido, como forma superior de organización, no pretenda sustituir a las masas actuando al margen de ellas, sino, dirigir las de un modo acertado y, por la otra, el que no se diluya en ellas, perdiendo su carácter de forma superior de organización.

El Partido garantiza su carácter de forma superior de organización de la clase obrera y del pueblo, en primer lugar, exigiendo a sus militantes y dirigentes el cumplimiento de ciertas condiciones mínimas; participación activa en los organismos de base y el cumplimiento de las resoluciones que en ellos se acuerden; la aceptación de los Estatutos, del Programa y de la línea política que, en cumplimiento de la estrategia trazada, emanen de los organismos dirigentes; y el pago regular de las cotizaciones fijadas por el Partido.

En su desarrollo cuantitativo, el Partido Revolucionario, selecciona a sus miembros entre los más destacados y concientes luchadores de la clase obrera y del pueblo. Al revés de los oportunistas a quienes interesa, casi exclusivamente, la cantidad de militantes, aún a expensas de su calidad, al Partido marxista-leninista le interesa un amplio crecimiento cuantitativo de sus filas, pero, subordinado a la calidad de los militantes que a él se incorporen. Por eso busca a sus militantes sobre la base del ascenso de la lucha revolucionaria, que forja cada vez, más y mejores cuadros dignos de incorporarse a la organización y, una vez en ella, los educa política y moralmente. A los oportunistas, en cambio, que orientan a sus partidos solamente a acciones puramente reivindicativas de tipo economista; a una indiscriminada competencia electoral con los reaccionarios, y al cumplimiento de tareas económicas destinadas a mantener a la burocracia dirigente, les interesa para ello, fundamentalmente, el tener un gran número de afiliados, en lo posible, de un bajo nivel político y carente de combatividad y conciencia revolucionarias. Dichos oportunistas necesitan de esos grandes partidos social-demócratas corrompidos por el reformismo e incapaces, pese a su número, de realizar la revolución.

4) La unidad de sus militantes es una cualidad de extraordinaria importancia en un Partido Revolucionario. Pero, la unidad en torno a los principios revolucionarios del socialismo científico, y al Programa y la línea política, surgidos del análisis de la realidad nacional, realizado a la luz de dichos principios. El pretender obligar a los militantes a que se unan en torno a principios contra-revolucionarios, como hacen los oportunistas en nuestro país, es una actitud divisionista, pues los obliga a romper, en la medida en que sean revolucionarios auténticos, con ellos y con su política.

En este Partido, unido en torno al socialismo científico, no se admite, como ocurre en los partidos burgueses la coexistencia con corrientes contrarias a esos principios; ni se acepta,

tampoco, una unidad mecánica, en torno a una ideología ajena al marxismo-leninismo, como acontece en los partidos tradicionales de la "izquierda" chilena. En estos últimos, la "unidad" es mantenida por medio de medidas disciplinarias y burocráticas, o bien, invocando argumentos sentimentales destinados a mantener a la militancia como cómplice de dirigentes que han renegado del marxismo y de la revolución.

La unidad en el Partido Revolucionario, es un elemento conciente, que se guía por el principio leninista: "libertad de discusión y unidad de acción". Ella es incompatible, por lo tanto, con la existencia de fracciones organizadas con el objeto de trabajar en contra del Programa, de los Estatutos o de la línea política de la organización. Es incompatible, además, con la supresión del derecho a discusión ideológica y ejercicio de la crítica, que deben practicar todos los militantes. La vitalidad del Partido se garantiza, precisamente, tanto a través de su actuación revolucionaria, como por medio del ejercicio de la discusión ideológica y del derecho a la crítica. Normalmente, la discusión y la crítica, están destinadas a perfeccionar la línea táctica de la organización confrontándola y enriqueciéndola a través de su aplicación práctica. Salvo circunstancias especiales, que así lo aconsejen, a fin de no paralizar la acción revolucionaria, la discusión acerca del Programa o de la orientación estratégica del Partido, sólo debe reabrirse en vísperas de reuniones nacionales que efectuará periódicamente la organización con este objeto.

5) El Partido Revolucionario marxista-leninista representa, fundamentalmente, los intereses del proletariado, clase dirigente de todas las fuerzas revolucionarias. Su militancia, por lo mismo, debe estar compuesta básicamente por proletarios, así como sus organismos dirigentes. Es importante también, que milite en sus filas un importante contingente reclutado del aliado más firme del proletariado: las masas explotadas del campo. Las fuerzas no proletarias que integran el Partido, sin embargo, lo hacen renunciando a la ideología y a los intereses de la clase a la cual pertenecen, para hacer suyos los intereses y la ideología proletarios y combatir, como objetivo final, por el socialismo y por la eliminación de todas las clases explotadoras.

6) El Partido Revolucionario debe guiarse, tanto por los principios del internacionalismo proletario, como por un profundo y positivo sentido nacional. Lo primero significa que debemos vincular e integrar nuestra lucha, basándonos en una ideología común proletaria, con las acciones y experiencias de las fuerzas revolucionarias de todo el mundo. Lo segundo nos exige considerar las formas económicas, políticas, sociales y culturales, propias de Chile, de manera de unir la verdad universal del marxismo-leninismo con la realidad específica del país.

El otorgar importancia al aspecto nacional de nuestra lucha, nada tiene que ver con el aislamiento, con el chovinismo o con la exaltación o pasividad frente a aspectos negativos de nuestra nacionalidad. Supone, por el contrario, tanto el combate contra dichos aspectos negativos, como el aprovechamiento de las particularidades nacionales positivas, para desarrollar nuestro movimiento revolucionario y vincularlo al del resto de los pueblos del mundo. ⁽¹⁷⁾

B.—EL FRENTE UNICO.

a) Principios Generales.

El proletariado, en su lucha por liberar a la sociedad de todos los explotadores y alcanzar el socialismo, debe resolver numerosas contradicciones y derrotar enemigos muy poderosos. El poder económico, político, social, militar, tanto nacional como internacional, de estos

¹⁷ Una omisión importante en la caracterización del Partido hecha aquí, se refiere a su tarea central. Mientras existan clases, esta consiste en dirigir la lucha de clases del proletariado a la cabeza de los demás sectores explotados de la sociedad. Es a través de la dirección de esta lucha, como el Partido en su conjunto y sus militantes en forma individual, sirven al pueblo.

adversarios, exige, que la clase obrera y sus aliados más seguros, para poder vencerlos, deba hacerlo por etapas. Como lo hemos señalado ya antes, estratégicamente, no conviene enfrentar en forma conjunta a todos los explotadores de nuestro pueblo. Esto significa que es necesario, en las diversas etapas de la revolución, ubicar a los enemigos principales y unir contra éstos, a todas las fuerzas susceptibles de ser unidas; neutralizar a aquellas que, no pudiendo ser ganadas, puedan ser desvinculadas de ellos, dividir a los diversos integrantes del campo enemigo, explotando sus contradicciones; y dirigir el golpe principal contra el adversario más poderoso.

Como lo hemos mostrado anteriormente, los sectores más retardatarios de Chile, o sea, aquellos que explotan más intensamente a nuestro pueblo y por mantener relaciones de producción antagónicas con el desarrollo de la economía nacional, frenan en un grado considerable su avance, agudizando la crisis que la afecta, son: el imperialismo norteamericano, los grandes terratenientes y la burguesía monopolista y financiera.

Todos estos sectores, a veces arrastrando a otras capas de la burguesía, se confabulan para mantener a Chile en un atraso que conviene a sus intereses. Por ello, la primera etapa en la marcha hacia el socialismo, consiste en derrotar a estos enemigos fundamentales, realizando una revolución Democrático-Popular, que establezca las condiciones para el paso sostenido al socialismo.

Para derrotar a los peores adversarios del pueblo chileno, es preciso oponerles un Frente Único de todas las fuerzas que, de uno u otro modo, en mayor o menor grado, permanente o transitoriamente, pueden ser impulsadas a combatirlos. El Frente Único, en esta etapa que conduce a la revolución Democrático-Popular, consiste, precisamente en la movilización, tras la dirección del proletariado, de todas las fuerzas anti-imperialistas y contrarias a los terratenientes, a los capitalistas monopolistas y financieros y a otros sectores burgueses que pudieran asociarse a ellos.

Las tuerzas fundamentales del Frente Único, tanto de la ciudad como del campo, son: el proletariado, en estrecha alianza con los semi-proletarios que atraen a formar parte de esta alianza, a la pequeña burguesía. ⁽¹⁸⁾ Entre los sectores más consecuentemente revolucionarios enumerados más arriba, y los enemigos principales de nuestro pueblo, ya mencionados, se encuentra un sector intermedio que va, desde los medianos propietarios rurales y la burguesía media urbana, hasta los agricultores capitalistas y la burguesía capitalista urbana desarrollada.

De este sector intermedio, los medianos propietarios rurales y la burguesía media urbana, por tratarse de sectores insuficientemente desarrollados desde el punto de vista económico, a causa de sus contradicciones con los enemigos principales del pueblo, pueden, no obstante su condición de explotadores, ser ganadas, durante cierto tiempo y dadas ciertas circunstancias, para el Frente Único revolucionario.

La burguesía capitalista desarrollada urbana y los agricultores capitalistas, representan el ala derecha de este sector intermedio. Ello se debe, en primer lugar, a que su desarrollo se fundamenta en una explotación en mayor escala de fuerza de trabajo, y a que dicho desarrollo ha sido posible sobre la base de su vinculación con los sectores más regresivos. Sin embargo, estos sectores representan formas de producción más avanzadas que el núcleo ultra reaccionario, lo que genera contradicciones de éstos con aquél, que pueden ser estimuladas y utilizadas en beneficio del pueblo. No obstante lo anterior creemos, que las contradicciones de estos sectores capitalistas desarrollados del campo y de la ciudad, con

¹⁸ Esta formulación, siendo totalmente correcta, es necesario hacerla más comprensible en cuanto a la forma como está expuesta. Para esto, debemos señalar claramente que la base del Frente Único es la alianza obrero-campesina. Esta tesis no debe ser una cuestión meramente formal sino que, debe constituir el punto de partida de todo un planteamiento programático para el trabajo revolucionario, tanto en el campo, como en la ciudad y la relación entre ambos.

nuestro pueblo, priman, habitualmente, por sobre las que tienen con los enemigos principales de éste. Si bien, están interesados en ciertas reformas democrático-burguesas, para enriquecerse más, temen a la revolución Democrático-Popular y a su perspectiva socialista. Todo lo anterior nos lleva a sostener, que en esta etapa, una política acertada de Frente Único, debe tender a neutralizar y desvincular a estos sectores, en las circunstancias en que esto sea posible, del enemigo principal y a combatirlos en los momentos en que estrechen su alianza con el imperialismo y las fuerzas más reaccionarias.

Justamente en la actualidad, podemos observar que en Chile se ha ido gestando una alianza, cada vez más estrecha, entre los sectores capitalistas desarrollados y el imperialismo norteamericano, alianza que, en ciertos aspectos, incluso, tiende a afectar los intereses de los terratenientes y de la burguesía monopolista y financiera. Esta nueva línea del imperialismo yanqui, conocida con el nombre de "Alianza para el Progreso", está destinada a garantizar sus intereses y consolidar su dominación sobre Chile, con la realización de ciertas reformas que tocan aún los intereses de sus aliados tradicionales. El auge del movimiento revolucionario en América Latina, iniciado con el triunfo de la Revolución Cubana, ha sido determinante en la aplicación de esta nueva estrategia por parte del imperialismo norteamericano.

El proceso de asociación cada vez más acentuado, que se está produciendo entre sectores de la burguesía capitalista desarrollada y el imperialismo yanqui, obligan, en el presente, a combatirlos en su calidad de aliados de este enemigo fundamental de nuestro pueblo y, al mismo tiempo, a tratar de agudizar las contradicciones que tienen con la burguesía monopolista y financiera, con los terratenientes y con el propio imperialismo. Por otra parte, la actitud demagógica y populista del ala derecha de la burguesía capitalista desarrollada, ahora en el gobierno, exige en forma imperativa enfrentarlos con una política auténticamente revolucionaria, que reemplace a la infructuosa competencia que le oponen los revisionistas en el terreno del reformismo.

b) Diversas formas del Frente Único.

El Frente Único puede adquirir variadas formas orgánicas y de acción en las diversas etapas del desarrollo revolucionario, pues, no está compuesto por fuerzas sociales que compartan la totalidad de sus intereses y puntos de vista programáticos o estratégicos. Por el contrario, es una unidad variable de fuerzas heterogéneas y contradictorias en muchos aspectos, cuyos intereses comunes y diferencias son diversos según los sectores de clase de que se trate. En consonancia con esto, los compromisos mutuos y las alianzas, así como las acciones comunes, varían de acuerdo a las circunstancias, al juego de intereses diversos y al grado de madurez política de las fuerzas que planifican las actividades unitarias. Por ello el Frente Único, puede plasmarse en formas orgánicas y de acción muy distintas, ya sea en torno a objetivos parciales y variables, como en pos de otros que revistan un carácter más permanente.

El carácter heterogéneo y contradictorio de las fuerzas sociales que forman parte del Frente Único, exige, junto a los acuerdos que en distintos niveles se tomen contra los enemigos comunes, la defensa intransigente de los intereses independientes del proletariado. Si bien, la acción común puede exigir cierto compromiso en problemas secundarios, los intereses fundamentales y los principios del proletariado deben ser defendidos en forma resuelta y sin vacilaciones. El Frente Único, implica, por lo tanto, por parte del proletariado, una actitud simultánea de unidad y lucha. La intensidad del combate contra los sectores burgueses que integran o puedan integrar el Frente Único debe graduarse, desde un punto de vista táctico, de acuerdo a las circunstancias y teniendo siempre en vista, tanto los intereses del proletariado, como los objetivos estratégicos cardinales de la batalla central contra el imperialismo y las capas más reaccionarias. Ni la lucha irrestricta contra aquellos aliados vacilantes y que tienen contradicciones con el proletariado; ni la conciliación de clases con

ellos, con el pretexto de que son integrantes o lo serán del Frente Único, favorecen el aislamiento y la derrota de los enemigos principales. Si se les combate con la misma intensidad que a estos últimos, se les empujará a aliarse con ellos contra el proletariado. Por otra parte, si se aplica con ellos una línea de conciliación sin principios, intentarán apoderarse de la dirección del movimiento revolucionario llevándolo a la conciliación y a la derrota. Al suprimir o limitar más allá de lo justo la lucha contra los sectores no-proletarios que integran el Frente Único, éstos traspasarán en forma más acentuada la explotación o las dificultades de que son víctimas por parte del imperialismo y de los otros sectores ultra-reaccionarios, hacia el proletariado, debilitándose de este modo, la contradicción a través de la cual se les puede impulsar a combatirlos.

c) La Dirección Proletaria del Frente Único.

El objetivo central de la revolución en su etapa Democrático-Popular, es arrebatarse el poder a los sectores más reaccionarios y establecer una forma de dictadura del proletariado, en alianza con otras fuerzas anti-imperialistas, anti-latifundistas y anti-monopolistas. Todo el proceso revolucionario, por lo tanto, para conseguir este objetivo, debe ir desarrollando el poderío y la influencia de la clase obrera, de tal modo que desemboque en una hegemonía y dirección, por parte del proletariado, de los aliados más débiles y vacilantes, para aislar y aplastar a los enemigos principales.

La construcción del Frente Único, por consiguiente, sólo puede realizarse fortaleciendo los combates de clase del proletariado y defendiendo en forma permanente y firme sus intereses propios. La actitud de los oportunistas de derecha de intentar conseguir "aliados" al proletariado, sobre la base de ocultar o sacrificar sus principios, objetivos o métodos de acción revolucionarios; de frenar su combatividad y conciliar con sus aliados burgueses y aún con los adversarios principales; de olvidar los intereses que son propios de la clase obrera, para actuar sólo en función de aquellos que comparte con los aliados no-proletarios; de asimilarse a los métodos de acción reformistas, vacilantes e individualistas, de estos últimos; significa, lisa y llanamente, renunciar a la dirección proletaria y marchar tras la hegemonía burguesa.

Los oportunistas de derecha, en suma, negando u olvidando que en el interior del Frente Único también existe lucha de clases, pretenden ganar aliados castrando en todo sentido el espíritu revolucionario del proletariado, para ponerlo, como una fuerza inofensiva, al servicio de la burguesía. Es así, como colocan los compromisos y concesiones a los aliados burgueses, por encima de la combatividad y fuerza del proletariado, lo que constituye un profundo error. La debilidad de la clase obrera y el abandono de sus principios e intereses, acarrearán inevitablemente un fortalecimiento de los enemigos principales y con ello, la tendencia de los aliados vacilantes e inestables del Frente Único a apoyar a estos últimos.

Con ello, al mismo tiempo, sacrifican el porvenir socialista de la revolución, pues, incluso, en el supuesto improbable de que se lograran algunas transformaciones democrático-burguesas, sobre la base de una dirección no-proletaria, la resultante sería el establecimiento de una forma de nacionalismo burgués y la imposibilidad, por este camino, de llegar al socialismo.

C.— LAS FUERZAS ARMADAS DEL PUEBLO.

El marxismo enseña y toda la experiencia mundial lo confirma, que las sociedades divididas en clases, se basan en la dictadura de una minoría de explotadores sobre la mayoría del pueblo. La existencia de esta dictadura implica la aplicación de una violencia sistemática y continuada por parte de dicha minoría, que se traduce en la mantención forzada de las masas populares en una situación de miseria y explotación.

Esta violencia permanente, ejercida a través de todos los órganos del Estado burgués,

provoca el aniquilamiento físico y la muerte prematura de miles de trabajadores a causa de la miseria y del abandono en que viven. Más aún, en la medida en que el pueblo lucha por sacudirse el yugo de la explotación, dicha violencia habitual de las clases dominantes, se va haciendo cada vez más aguda hasta transformarse, cuando aquellas ven su dictadura en peligro, en represión armada abierta contra el pueblo.

El poder de la minoría explotadora se apoya, pues básicamente, en los órganos represivos del Estado burgués y, particularmente, en sus Fuerzas Armadas. Lo anterior implica, que el pueblo y su Partido de vanguardia, en sus luchas, se enfrentarán fatalmente, no tan sólo con la violencia habitual y diaria que encierra la explotación misma de las masas, sino, también, con la violencia armada que les opondrán los reaccionarios para defender su dominio sobre el poder. No es posible conquistar el poder, por lo tanto, sin transformar la lucha de clases, con que las masas se oponen a las formas habituales de explotación y violencia en lucha armada, sin organizar un Ejército Popular y revolucionario capaz de derrotar al aparato represivo armado de los reaccionarios.

La transformación de la lucha de clases, en la lucha armada y la organización de un Ejército Popular, adquieren especial importancia en un país como el nuestro, donde el imperialismo norteamericano tiene fuertes intereses que, sin duda, defenderá a sangre y fuego. Toda la experiencia histórica —y muy especialmente aquella que corresponde a los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial— nos enseña, que el imperialismo yanqui, cumpliendo su papel de gendarme internacional, interviene en forma directa y brutal contra los movimientos revolucionarios en el mundo entero. Debemos prepararnos, pues, no sólo para derrotar el aparato militar reaccionario interno, sino, también, la intervención del imperialismo norteamericano destinada a salvaguardar sus intereses y a apuntalar a los explotadores de nuestro país, impidiendo el triunfo de la revolución.

Los oportunistas de derecha ocultan, por todos los medios posibles, la violencia permanente ejercida por las clases dominantes, para negar, de este modo, el derecho irrenunciable del pueblo a usar, también, de la violencia para sacudirse de sus explotadores. Más aún, hacen todos los esfuerzos posibles para impedir que se desarrolle la lucha de clases hasta el punto de poner en peligro la dictadura burguesa, lo que obliga a los sectores dominantes a desenmascarse haciendo uso de su violencia armada, que ponen en juego cada vez que el pueblo amenaza su dominio sobre el poder. Esta actitud conciliadora, este freno a la lucha de clases, les permite engañar a las masas, sobre la base de la tolerancia que así consiguen por parte de los explotadores, haciéndolas creer que es posible conquistar el poder sin aplastar la fuerza represiva armada de los reaccionarios y eludir la organización de un Ejército Popular que cumpla este objetivo.

En Chile, la prolongada influencia de los oportunistas de derecha sobre el movimiento popular, en el seno del cual, se han dedicado a sembrar ilusiones en torno a una pretendida "vía pacífica" al poder, contaminando a diversos sectores de él, con el respeto a la legalidad burguesa y con métodos de acción exclusivamente reformistas, exige de las fuerzas revolucionarias un gran esfuerzo para derrotar esta política conciliadora, ganando a las masas para una lucha auténticamente revolucionaria.

El ascenso y agudización progresivos de la lucha reivindicativa de las masas, sobre la base de una dirección revolucionaria, que la subordine a la conquista del poder, pondrá término a la tolerancia mutua entre explotados y explotadores, dejando en evidencia que aquí, como en cualquier parte, los reaccionarios "no ceden voluntariamente el poder". Lo anterior, exigirá que nuestro pueblo desarrolle formas e instrumentos de combate aptos para enfrentar la violencia cada vez más acentuada que los reaccionarios descargarán sobre él.

La existencia de un Partido Revolucionario, garantizará la elevación de la combatividad de masas y la transformación de su carácter de resistencia espontánea, a la violencia

permanente y habitual que ejercen las clases dominantes, en formas de combate cada vez más avanzadas que desemboquen en una lucha armada sistemática y conciente por el poder.

Debido al carácter desigual en el desarrollo político, económico, social y geográfico, existente en diversas zonas del país, es lógico que la aparición de la lucha armada, no puede ser un proceso simultáneo y similar en todo Chile. Es evidente que hay regiones donde el grado de miseria y explotación de las masas populares es más agudo que en otras; si a esto se agregara allí una influencia limitada de los oportunistas, un firme desarrollo del Partido Revolucionario y la debilidad relativa en dichos puntos del aparato represivo reaccionario, así como condiciones geográficas favorables, tendremos que en estos lugares existirán más amplias posibilidades para el desarrollo de la lucha armada que en otros donde no se den las mismas condiciones. El desarrollo desigual del país, por otra parte, lleva a la conclusión que no será necesario esperar, para el surgimiento de la lucha armada, la maduración de las rendiciones adecuadas a ella en la totalidad de la nación. Esta podrá iniciarse en ciertos lugares, incluso, cuando en otras zonas todavía se estén aplicando métodos no-armados de lucha. No obstante lo anterior, el desarrollo exitoso de la lucha armada en cualquier punto, exige, al Partido Revolucionario, tomar en cuenta las condiciones generales del país y aún ciertos aspectos de la situación internacional.

La lucha armada es la continuación de la política por otros medios. Puesto que la política revolucionaria, es inseparable de la acción de las grandes masas populares, el combate armado revolucionario, debe ser obligatoriamente una expresión más elevada de la propia lucha de masas. Por ello al planear una lucha armada ajena o desvinculada de la lucha general de las masas, pretendiendo sustituir las en su acción, es condenarla de antemano al aislamiento y al fracaso. Lo anterior es válido, tanto para el combate en las ciudades, como en el campo.

Esta incorporación de las grandes masas a una lucha de tipo armado, sobre todo si se considera la influencia negativa en Chile de los revisionistas, presupone el desarrollo de un proceso con diversos grados ascendentes de combatividad, que va, desde las acciones reivindicativas revolucionarias y formas indirectas de cooperación con la lucha armada, hasta la creación de destacamentos, bien adiestrados y dotados de elementos de combate. Lo importante es que la conciencia de la justeza de este camino, la preparación para empezar y las primeras acciones que conduzcan a él, se inicien de inmediato bajo la dirección del Partido Revolucionario, sin permanecer con los brazos cruzados, como lo hacen los revisionistas. Estos, no sólo ponen toda clase de trabas a cualquiera manifestación de lucha armada o ligeramente más violenta que lo habitual y se niegan a preparar a las masas para ella, sino que, utilizan su inexistencia actual, de la que son en gran parte responsables, como pretexto para señalar de que en Chile no existen condiciones para tal tipo de lucha. No se trata, por otra parte, de reaccionar, frente a los impedimentos que los revisionistas ponen a cualquiera lucha violenta, cayendo en la desesperación y tratando de estimular artificialmente esa forma de combate por medio de acciones incontroladas y prematuras.

La experiencia internacional, especialmente la de los últimos años, indica que cuando la lucha armada se ha desarrollado hasta un grado tal que les resulta imposible a los revisionistas controlar a las masas y dirigirlas por la senda del reformismo, éstos intentan apoderarse de la conducción de ella, ya sea para entregarla a los reaccionarios o transformarla, si esto no es posible, en un combate puramente defensivo, desligado del propósito de conquistar el poder y, por lo mismo, condenado al fracaso. Debemos estar siempre prevenidos, por consiguiente, con respecto a una posible adhesión demagógica de los oportunistas a algunas formas de lucha armada, ya que, la hipotética cooperación con ellas, no constituye sino una nueva forma, aún más hipócrita y solapada, de su traición

permanente a los intereses de la revolución. Actitudes de esta especie, en mayor o menor grado, es probable que se presenten en nuestro país, por parte de los dirigentes revisionistas en un futuro cercano: posiblemente pretendan hablar de lucha armada y asumir algunos arrestos de combatividad, con el único objeto de evitar el desbande de sus militantes cansados de su política reformista, así como su creciente pérdida de influencia en las masas.

No obstante, que el propósito de los revolucionarios debe ser el liberar a nuestro pueblo de sus explotadores lo antes posible, es necesario, dadas las condiciones de nuestro país, preparar a las masas y al Partido para una lucha prolongada.

La importancia que América Latina tiene para el imperialismo norteamericano, debido a la cuantía de sus inversiones en nuestro continente y a su pretensión de utilizarlo como reserva estratégica en su lucha internacional contra el socialismo y la revolución, nos permite asegurar que opondrá una resistencia encarnizada a la liberación de cualquiera de sus países.

Por otra parte, los aliados internos del imperialismo, las clases reaccionarias chilenas, disponen de fuerzas armadas disciplinadas, con un buen equipo bélico; cuentan con grandes recursos económicos y tienen el poder, las instituciones y las leyes de su parte. No obstante, estas fuerzas armadas son una minoría ínfima en comparación con las grandes masas populares; defienden, al igual que el imperialismo, una causa injusta y tienen en su interior una división clasista. Una lucha prolongada no puede menos que agudizar estas contradicciones propias de quienes son utilizados en defensa de los explotadores, haciendo cada vez más débil su eficacia en contra de un movimiento revolucionario de masas en ascenso. La acción misma, en cambio, va incorporando más y más fuerzas a las filas combatientes del pueblo, les va proporcionando la experiencia de que carecían, una conciencia cada vez más profunda de la justicia de su causa e, incluso, las armas necesarias para combatir.

El pueblo debe prepararse, por consiguiente, para una guerra prolongada y combatir la creencia que el enemigo puede ser derrotado a través de acciones de decisión rápida, en condiciones en que éste cuenta con una gran superioridad estratégica y antes que se profundice y desarrolle el movimiento revolucionario. La búsqueda de una decisión rápida y prematura en la guerra revolucionaria es un error que significa favorecer directamente los intereses reaccionarios.

Durante un tiempo, las fuerzas revolucionarias estarán en inferioridad estratégica frente a sus adversarios. La técnica y el arte de la guerra popular revolucionaria, consiste, por medio de inagotables recursos de ingenio, astucia, organización, inteligencia y heroísmo, en lograr la superioridad táctica en numerosos combates, en aprender a batallar a través de la acción misma, en incorporar más y más fuerzas a la lucha, hasta alcanzar el equilibrio primero y la superioridad estratégica luego, para ganar las acciones decisivas.

En los países semi-coloniales y dependientes, por lo general, se presentan condiciones más propicias para desarrollar una lucha armada revolucionaria que, comenzando en el campo, culmine con la derrota posterior de las fuerzas armadas reaccionarias, incluso, en las grandes ciudades. Esto se debe a que en estas naciones, la mayor parte de la población vive en las zonas rurales; a la aguda explotación que sufre el campesinado; a las condiciones favorables que ofrecen las regiones agrarias para una lucha popular, debido, tanto a las condiciones del terreno, como a la menor concentración en dichas regiones de las fuerzas represivas del enemigo. La mayor parte de estas condiciones favorables de las zonas agrarias para el desarrollo en ellas del combate armado revolucionario, son válidas, también, para nuestro país. Sin embargo, en Chile, existe una característica muy importante que es preciso considerar: aquí más de dos tercios de la población total del país

vive en zonas urbanas y, tan sólo en tres ciudades, Santiago, Valparaíso y Concepción, vive un tercio de esa población total. Además, en el extremo norte del país, dada su estructura geográfica, no existen zonas agrícolas extendidas, concentrándose la población, ya sea en las ciudades o en los campamentos mineros. Lo anterior nos demuestra que en nuestro país, no es justo plantear en forma mecánica una centralización exclusiva de la lucha en las regiones rurales. Consideramos que allí debe iniciarse la acción armada, desarrollarse y consolidarse las Fuerzas Armadas del Pueblo, las bases de apoyo revolucionario y los primeros gérmenes de poder popular. Pero, al mismo tiempo, creemos que no debe dejarse de lado algunas formas de combate propias de los centros poblados.

Sin duda, los conglomerados urbanos presentan serias dificultades para el desarrollo de la lucha armada revolucionaria, debido a la gran concentración de fuerzas represivas existentes en ellos y a su facilidad de maniobra. A lo anterior se agregan los graves obstáculos existentes para organizar Fuerzas Armadas Populares urbanas, en condiciones de segura clandestinidad, que sean capaces de enfrentar y derrotar fuertes concentraciones militares y policiales reaccionarias. No obstante esto, es preciso considerar la necesidad del desarrollo de la lucha urbana, como un complemento indispensable del combate en el campo, impidiendo, de este modo, que la mayor parte de las fuerzas represivas del enemigo se desplacen hacia las zonas rurales.

La guerra, como lo dijimos anteriormente, es la continuación de la política por otros medios. El combate armado popular, por lo tanto, es la continuación de la lucha revolucionaria de las masas contra los explotadores por medios armados. Puesto que esta lucha revolucionaria la dirige el Partido marxista-leninista, el combate armado debe ser dirigido también por dicho Partido.

Las Fuerzas Armadas Populares son una forma de organización de las masas y son, por lo mismo, más amplias que el Partido que las dirige. No obstante, el Partido debe encabezar su organización y sus luchas orientándolas política y militarmente. Si bien, en una primera etapa los destacamentos armados del pueblo estarán conformados en su mayor parte por militantes del Partido Revolucionario, en la medida en que aquellos se transformen en organismos de masas, estas últimas superarán ampliamente en número a los cuadros políticos que las dirigen.

El Partido Revolucionario, a través de todo el proceso de desarrollo del Ejército Popular, asegura su papel dirigente y el éxito de la lucha, en la medida en que educa políticamente a las masas que se incorporan a él y logra vincular a sus acciones armadas sus grandes objetivos programáticos.

Para lograr que el Ejército del Pueblo combata por los objetivos programáticos revolucionarios, es preciso, que desde los comienzos de su formación se desarrolle íntimamente vinculado a la vida y a los problemas de las grandes masas populares. Esta debe ser precisamente, una de las preocupaciones centrales de los cuadros revolucionarios que trabajen en su formación.

Así como el movimiento revolucionario es un proceso que comienza desde formas primarias y elementales de organización y de lucha hasta transformarse en un combate abierto y generalizado por el poder, así mismo, las Fuerzas Armadas del Pueblo, recorren un camino similar, que comienza con la formación de pequeños destacamentos cuya dirección y acción es centralizada paulatinamente, hasta constituir la expresión armada de la lucha revolucionaria de todo el pueblo por el poder.

3.—ORIENTACIONES GENERALES DE LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

Luego de analizar los instrumentos fundamentales de la estrategia revolucionaria, vale decir, el Partido, el Frente Único y las Fuerzas Armadas del Pueblo, es necesario conocer

ciertas orientaciones y normas de acción de carácter permanente, que se desprende del socialismo científico aplicado a la lucha revolucionaria de nuestro país.

A—VIAS DE LA REVOLUCION.

Un problema estratégico de primera importancia y que, por lo mismo, será determinante de los métodos tácticos que se apliquen en cualquiera etapa del proceso revolucionario, es el resolver cuál será la vía fundamental que se pondrá en práctica para conquistar el poder. Para quienes conciben correctamente a cualquiera sociedad, basada en la explotación de unas clases por otras, como una dictadura (abierta o encubierta) de las clases dominantes sobre el resto del pueblo y comprenden que dicha dominación se basa, en última instancia, en el control de aquellas sobre un aparato armado que las defiende, no puede haber otra manera de conquistar el poder por parte de los explotados, que la destrucción de dicho aparato armado reaccionario. El confiarse en formas pacíficas de acción, puesto que los reaccionarios se apoyan en la fuerza, sólo puede dar lugar a avances parciales y transitorios, a conquistas limitadas, a reformas y otros "progresos" muy fáciles de anular mientras los explotadores mantengan el control del Estado. Todas las franquicias que las clases dominantes conceden, en tal caso, obedecen al propósito de retardar el momento en que el pueblo comprenda que únicamente arrebatándoles el poder por la fuerza puede realmente solucionar sus problemas de fondo. De hecho, cada vez que se exijan transformaciones verdaderamente revolucionarias y se reclame el poder para los trabajadores, éstos se verán inevitablemente enfrentados a la represión violenta.

Todo lo anterior indica que el camino pacífico hacia el poder, es decir, la política reformista que renuncia a la lucha armada revolucionaria, sólo consiste en el fondo, en dilatar y tramitar la conquista del poder y con ella la auténtica solución a los problemas de las masas. A la postre, después de perder vanamente el tiempo, tras los espejismos de una pretendida "vía pacífica" al poder, fomentados por los propios reaccionarios a través de sus sirvientes oportunistas en el movimiento popular deberá ser encarada la solución de fuerza para conquistarlo, la misma que se ha estado eludiendo y postergando inútilmente.

Todo lo anterior determina que las tácticas que se inspiran en la ilusión de un "camino pacífico" hacia el poder, consisten en esencia en frenar el ascenso de la lucha de clases, manteniéndola en un plano que no haga peligrar la dominación de los explotadores, para evitar así que estos recurran a la fuerza de las armas, que los protege como clase gobernante. Este tipo de "lucha" transcurre, por lo general, dentro de los marcos de las disposiciones legales que las clases reaccionarias han estatuido, para establecer los límites que les son aceptables con respecto a las exigencias y conquistas que puedan hacer los trabajadores. La "vía pacífica", por consiguiente, es un camino reformista y de conciliación con el enemigo de clases, para impedir la "inevitable transformación de la lucha de clases en guerra civil".

Junto a la elección de la vía revolucionaria como el camino justo para conquistar el poder, es indispensable, al mismo tiempo, aprovechar los medios legales y aún reformistas, para combatir a los reaccionarios. Lo importante es no perder de vista que ellos constituyen un aspecto secundario de la lucha por el poder y que siempre deben subordinarse a la forma principal de combate, aunque, en ciertas circunstancias, y con el único objeto de reorganizar a las fuerzas revolucionarias para lanzarlas nuevamente al asalto de la fortaleza armada del adversario, pudiera ser aconsejable permitir que pasaran transitoriamente a primer plano. Ni aún en estos períodos en que pasan transitoriamente a primer plano ciertas formas no armadas de acción, deben, sin embargo, renunciar los revolucionarios a la preparación de las masas para que retomen, lo más pronto posible, la iniciativa en su lucha armada por el poder.

En suma, no existe para los explotados "vía pacífica" para llegar al poder. Esta constituye en

esencia la renuncia a conquistarlo y jamás ha sido posible, ni lo será en condiciones semejantes a las actuales, realizar una revolución por ese camino oportunista.

En cambio, la lucha revolucionaria destinada a aplastar la resistencia armada de las clases reaccionarias, sobre la base de un combate violento de las masas y de su preparación real y objetiva para derrotar en cualquier terreno a sus adversarios, puede engendrar una posibilidad, aunque extremadamente rara e improbable, de que los reaccionarios locales vacilen en apelar a una guerra civil generalizada para mantenerse en el poder. No obstante lo anterior, la experiencia histórica de los últimos años nos indica que, la posibilidad remota e improbable de una "vía pacífica" para llegar al poder, debe ser descartada aún como posibilidad dentro de nuestra lucha revolucionaria.

El imperialismo norteamericano ha demostrado que, en cualquier lugar del mundo, sabe cumplir con su papel de gendarme internacional, tomando directamente el control de la lucha contrarrevolucionaria allí donde los reaccionarios locales dejan de ser útiles para ello e, incluso, haciendo participar en forma directa a sus tropas en contra de los patriotas revolucionarios. Por esto insistimos que, en nuestro país, se encuentra descartada en forma total la "vía pacífica" puesto que, cuando los reaccionarios chilenos no sean capaces de contener la marea revolucionaria, será el imperialismo yanqui el que intervenga directamente en el combate, por medio de sus fuerzas armadas. Lo anterior nos obliga a tener presente que la lucha armada es inevitable en el desarrollo de nuestra revolución y que, debemos prepararnos para ello.

B.—DERECHISMO E IZQUIERDISMO "REVOLUCIONARIOS".

Una justa orientación estratégica exige el evitar tanto los errores de derecha, que puedan cometerse en la conducción de la acción revolucionaria, como aquellos de carácter "izquierdista". Las desviaciones de derecha o de "izquierda" pueden plantearse tanto desde el punto de vista estratégico, como con respecto a una táctica u acción determinadas.

Las tendencias de derecha que tienen —al igual que las de "izquierda"— muchas maneras concretas de manifestarse, consisten en esencia en frenar el proceso revolucionario, demorando su desarrollo, por medio de la renuncia a batallas o procedimientos de lucha maduros ya, es decir, que podrían adoptarse con éxito en un momento determinado, para reemplazarlos por acciones y métodos dilatorios.

Las tendencias "izquierdistas", en cambio, frenan el proceso revolucionario, haciéndolo abortar por medio de acciones prematuras y renunciando a fuerzas o procedimientos de lucha que son indispensables para el éxito táctico o estratégico. ⁽¹⁹⁾

Como ejemplos de tendencias derechistas podrían enumerarse las siguientes:

1°— Poner en primer plano o dedicarse exclusivamente a un camino pacifista o legalista para llegar al poder, desperdiciando las fuerzas revolucionarias en acciones que jamás permitirán derrotar a los reaccionarios.

2°— Renunciar a la preparación teórica y práctica (a través de la acción) de las masas, destinada a capacitarlas para aplastar la resistencia armada de los explotadores y al desarrollo de acciones que conduzcan a este objetivo.

3°— Permitir que el Partido Revolucionario renuncie a su papel dirigente ante las masas, amoldándose a su conciencia o acciones espontáneas, pretendiendo que estas alcancen un nivel revolucionario por sí solas e, incluso, esgrimir este bajo nivel de conciencia y de lucha

¹⁹ Una justa orientación revolucionaria debe considerar siempre el principio de despreciar estratégicamente al enemigo (atreverse a luchar) y tomarlo muy en cuenta tácticamente (luchar con razón, con ventaja y sin sobrepasarse). Los oportunistas de derecha al no despreciar estratégicamente al enemigo, terminan por rendirse a él mientras que, los aventureros de "izquierda" que se niegan a tomarlo muy en cuenta tácticamente, llevan siempre la lucha a la derrota.

que nunca se ha intentado elevar y que, por el contrario, ha sido frenado, como pretexto para no iniciar jamás un combate resuelto por el poder.

4°— Detener o frenar batallas tácticas parciales en forma sistemática y sin fundamento, argumentando de que aún se es más débil que el adversario en sentido estratégico o general, como si esta superioridad en gran escala sobre él, pudiera lograrse al margen de la acción y con independencia de numerosos éxitos tácticos.

5°— Renunciar a la dirección proletaria del movimiento revolucionario y a la defensa independiente de los intereses propios de esta clase, para entregar la conducción de aquel a sectores burgueses o pequeño-burgueses, con el pretexto de que hay que atraer aliados junto al proletariado.

6°— Frenar las batallas decisivas por el poder cuando el movimiento revolucionario ha alcanzado el desarrollo suficiente como para intentar el derrocamiento de sus explotadores y existen condiciones favorables para ello.

7°— Ocultar sistemáticamente al Partido Revolucionario más allá de lo que exige su seguridad y permitir que la vigilancia revolucionaria y el carácter clandestino de la acción, se transformen en disculpas para eludir la lucha, en lugar de ser medidas precautorias frente al enemigo destinadas a combatirlo con mayor eficacia y fuerza.

8°— Ahogar el valor, la audacia, el heroísmo, la combatividad, el odio contra el enemigo de clases y otras virtudes revolucionarias de este tipo, para estimular de preferencia o exclusivamente entre los cuadros del Partido y en las masas, hábitos burocráticos, adecuados a una labor puramente reformista y pacifista.

9°— Predicar hipócritamente contra presuntas desviaciones de "izquierda" desde un punto de vista teórico, en los momentos en que las masas están cegadas por un espíritu oportunista de derecha, etc.

Como ejemplos de desviaciones de "izquierda" se podría mencionar los que siguen:

1°— Negarse a todo empleo en la lucha, de los medios legales y no armados, dejando de mano así recursos de acción que, aunque no son los decisivos para la toma del poder, son útiles, sin embargo, si se les subordina a la forma principal de combate.

2°— Lanzar —en el sentido estratégico— al movimiento revolucionario a una batalla frontal y "decisiva", sin contar con las fuerzas suficientes como para vencer o, en el terreno táctico, emprender batallas claramente destinadas a la derrota.

3°— Emprender acciones terroristas de carácter individual o de pequeños grupos aislados de las masas con el propósito de reemplazarlas en su acción o de "estimularlas" con esos procedimientos, en momentos de pasividad de ellas o de reflujo de sus combates y, en general, realizar una política de círculos cerrados que renuncian a la dirección de masas.

4°— Concebir el Frente Único, que debe forjarse en torno al proletariado, con estrechez y sectarismo, rechazando la necesidad de movilizar o neutralizar a ciertas fuerzas sociales que, aunque tienen contradicciones con la clase obrera, las tienen también con los enemigos principales de ésta en cierta etapa y, por lo mismo, son aprovechables aunque sea en forma temporal, parcial e insegura, en contra de los adversarios fundamentales.

Del anterior análisis de algunos ejemplos de errores de derecha y de "izquierda" frecuentes en el proceso revolucionario, se puede apreciar, fácilmente, que en el movimiento popular chileno existen desde hace bastante tiempo, fuertes desviaciones de derecha que actualmente, se manifiestan a través del revisionismo.

Es contra esta tendencia oportunista de derecha pues, que deben dirigirse los ataques principales de los revolucionarios, sin descuidar, sin embargo, la crítica contra los pequeños

brotos "izquierdistas" que existan y cuidando, al mismo tiempo, la tendencia frecuente a corregir errores de derecha cayendo en otras tantas desviaciones de "izquierda".

C.— CARACTER DE MASAS DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA.

Una de las tesis fundamentales del marxismo es que los cambios decisivos en la historia los determinan las masas, las clases sociales. Hasta el momento en que triunfa el socialismo en una serie de países, las revoluciones consistieron, simplemente, en el reemplazo en el poder de unas clases explotadoras por otras. La revolución proletaria, en cambio, al eliminar toda forma de explotación del hombre por el hombre, establece las bases de una sociedad sin clases. El proletariado representa, por ello, los intereses de las más amplias capas sociales que resultarán beneficiadas con el término del capitalismo y puede y debe, por lo tanto, apoyarse en ellas para lograr su triunfo. La fuerza de la revolución consiste, precisamente, en la posibilidad de contar con el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo para derrotar a los grandes explotadores, los cuales, aunque constituyen una ínfima minoría, controlan el poder, el aparato represivo armado, el Parlamento, la "Justicia", los principales medios de publicidad y numerosas instituciones de diverso tipo, poseyendo, además, la propiedad sobre los medios de producción fundamentales: industrias, minas, tierras, etc., que constituyen la base material de su poderío y, al mismo tiempo, la riqueza más importante que defienden contra el pueblo. Aparte de todos estos recursos internos cuentan, para perpetuarse en el poder, con la resuelta y decidida cooperación de los reaccionarios de otros puntos de la tierra.

Las grandes masas populares y particularmente el proletariado, por su parte, tienen de su lado el papel fundamental que ellas juegan como fuerza de trabajo en la producción. En efecto, sin la actividad de los obreros, campesinos y otros trabajadores, las fábricas, minas, tierras, oficinas y, en general, toda la vida creadora del país se paraliza. Tienen de su lado, además, su inmensa superioridad numérica sobre los explotadores quienes, incluso en sus Fuerzas Armadas represivas, se ven obligados a utilizar, fundamentalmente, a hijos del pueblo. Tienen además, como estímulo para combatir la propia situación de miseria en que viven, que determina que, la mayor parte de ellas, "no tengan nada que perder y un mundo por ganar" con la revolución. Cuentan, así mismo, con la poderosa solidaridad internacional del resto de los trabajadores que ya se liberaron o que combaten por lograrlo.

Está claro, en virtud de lo anterior, que la revolución no puede ser efectuada por individuos geniales o pequeños grupos aislados de las masas y que sólo puede abrirse paso apoyándose en el proletariado y en las grandes fuerzas sociales que este pueda movilizar y dirigir contra los reaccionarios. La tarea de un Partido Revolucionario es, precisamente, el vincularse al proletariado y a sus aliados de masas, para orientar y dirigir su combate por el poder. Los militantes de dicho Partido, por consiguiente, deben ocupar los primeros lugares de batalla a la cabeza de las masas y conducir las a la lucha, pero no sustituir o suplantar a las masas en su acción, ni mucho menos actuar a espaldas de ellas.

El proceso de dirección de las masas contra las clases dominantes, requiere, no sólo aprovechar la fuerza del número y el odio de clases contra los culpables de la miseria, sino, también, el unificar y organizar a las masas para que su poder y su acción sean más efectivos, así como elevar su conciencia y combatividad enseñándoles, teórica y prácticamente, a combatir del modo más eficaz contra sus enemigos comunes.

D.— EL APRENDIZAJE A TRAVES DE LA ACCION.

Las masas se incorporan al proceso revolucionario y aprenden a combatir, en forma eficaz, fundamentalmente, a través de la acción. Sin duda que la teoría científica revolucionaria juega un papel decisivo en la conducción de la lucha hacia un término exitoso, pero, para ello, debe fundirse con el movimiento de masas y enriquecerse y perfeccionarse con las experiencias que de él surjan. Si la teoría, que contiene las verdades generales del

socialismo científico, no es aplicada en forma concreta, es decir, en consonancia con las particularidades que tenga el movimiento de masas revolucionario en nuestro país y enriquecida en su aplicación de acuerdo a las enseñanzas que emanen de éste, se transforma en un dogma, en una fórmula muerta, que puede conducir a graves errores.

Por otra parte, hay muchos planteamientos políticos que las masas sólo comprenderán a fondo y harán suyos, cuando hayan vivido ciertas experiencias prácticas y comprobado, a través de ellas, su verdad y su eficacia. Por lo mismo, la tendencia de ciertas corrientes oportunistas en boga en nuestro país, a constituirse en meros predicadores de lo que llaman "marxismo" deteniendo o retrasando toda batalla popular de importancia mientras la mayoría del pueblo no acepte ideológicamente el "socialismo" que difunden, constituye una actitud idealista y equivocada. Aún en el caso de que no difundieran falsedades y deformaciones del marxismo, una mera divulgación teórica del socialismo científico, sin fundirlo con la lucha de masas, frena el movimiento revolucionario e impide que las masas, por medio de la acción, asimilen a fondo dichas enseñanzas, las perfeccionen por medio de la práctica y se sirvan de ellas para avanzar hacia el poder.

El progreso revolucionario, pues, se consigue, al mismo tiempo que elevando la conciencia política de las masas, templándolas y fortaleciéndolas a través de innumerables choques con sus adversarios de clase. Estos choques y batallas, es verdad, aumentan la actitud agresiva del enemigo, que es lo que tanto temen los oportunistas que usufructúan de la tolerancia de los explotadores conciliando con ellos. Al mismo tiempo, y en una medida mucho mayor, si son bien conducidos, robustecen y desarrollan a las fuerzas revolucionarias. La escisión entre la teoría y la práctica, que caracteriza la actitud de los oportunistas, les sirve, por una parte, para ocultar que sus planteamientos son falsos y reaccionarios escondiendo su ineficacia para la acción revolucionaria y, por la otra, frenar esta última eludiendo toda responsabilidad en su conducción concreta.

E.— LA CONCENTRACION DE FUERZAS.

Las fuerzas masivas de la revolución, como lo hemos señalado anteriormente, son potencialmente más poderosas que las contra-revolucionarias. No obstante, mientras aquellas no se hayan unificado y organizado en un grado suficiente; mientras no hayan templado su combatividad acrecentando su conciencia política; el enemigo de clases, aunque inferior en número, será, estratégicamente superior en poder a ellas. En tales condiciones, antes de emprender las batallas decisivas por el poder, lo que se requiere es acumular fuerzas revolucionarias y desarrollar su poderío. Toda la conducta táctica, en este período en que el adversario es más poderoso, debe guiarse por la necesidad estratégica de acumular fuerzas y robustecerlas en todos sus aspectos: numérico, orgánico, político, ideológico, militar, etc., sin dejarse arrastrar a una lucha frontal y decisiva antes de estar preparado para ella. Sin embargo, como lo hemos señalado antes, esta superioridad estratégica de las fuerzas revolucionarias, no puede lograrse, a través de una labor de mero convencimiento ideológico de las masas, sino, también, combatiendo junto a ellas.

El arte de la lucha en dichas condiciones de inferioridad estratégica, consiste en lograr una superioridad táctica de fuerzas con respecto al adversario, en una sucesión de batallas determinadas, de modo de derrotarlo en esos combates, aprovechándolos para acumular nuevas fuerzas y experiencias que incrementen el poderío del movimiento revolucionario. En este punto existe una cierta diferencia entre la lucha directamente militar y el combate de clases que aún no ha alcanzado dicha forma. En las acciones armadas, un éxito táctico de las fuerzas populares, el triunfo en una batalla, por ejemplo, significa, corrientemente, una disminución en sentido absoluto del adversario, ya que, una parte de sus tropas son aniquiladas. Esto implica, al mismo tiempo, un crecimiento relativo (con respecto al enemigo) de las Fuerzas Armadas del Pueblo, aún sin contar a quienes puedan sumarse a éstas a raíz del triunfo. El éxito en cambio, en una acción no armada implica sólo la

conquista de ciertos derechos o reivindicaciones que el adversario concede, por lo general, para que no se extienda y profundice la lucha, haciéndose más aguda y peligrosa para él y despertando la solidaridad con aquellos que combaten. Por lo mismo, uno de los objetivos estratégicos fundamentales que se debe perseguir al dar una batalla táctica bajo la forma de una lucha no armada, consiste en elevar el grado de conciencia revolucionaria, combatividad, firmeza y organización de las fuerzas que están participando en ella, al mismo tiempo que, se promueve el más amplio apoyo y la mayor participación posible en la acción de otros sectores, comenzando por los más afines. En tanto que, los reaccionarios están directamente interesados en que el conflicto no se agudice, ni se propague a otros sectores, resolviéndose lo más pronto posible; a los revolucionarios debe interesarles que se promuevan formas cada vez más avanzadas y sostenidas de combate y que, a través de ellas, se incorporen más y más fuerzas a la lucha y al campo revolucionario. Naturalmente, las clases dominantes, no pueden permitir este ascenso y ampliación indefinidos de la lucha de clases y realizarán concesiones, o bien, usarán de su fuerza represiva —o de ambas cosas a la vez— para ponerle atajo.

A medida, pues, que se extiende y profundiza la lucha de clases, aumentando las fuerzas que en ella participan y su combatividad. Inevitablemente, se ponen a la orden del día, formas cada vez más violentas de combate, para las cuales deberán prepararse las masas a través de la teoría y de la práctica, conducidas por su Partido de vanguardia.

El nivel al que se pueda y deba elevar una batalla determinada depende de la consideración de varios factores: la fuerza, organización, conciencia y combatividad del sector que lleva el peso principal de la acción; la mayor o menor debilidad o fuerza del adversario; la solidaridad que se logre promover con los combatientes y el grado de intensidad que ella alcance; el grado de desarrollo general que la lucha revolucionaria tenga, en ese momento en el país, etc. No se debe, por una parte, forzar a un sector a dar una batalla más allá de su grado de conciencia y capacidad de acción, ni es aconsejable, por la otra, conducirlo a elevar su lucha indefinidamente si no es posible desarrollar un creciente apoyo solidario.

En toda la etapa de inferioridad estratégica frente al enemigo, las consideraciones fundamentales que deben guiar el desarrollo de una acción son, por un lado, su máximo aprovechamiento para aprender a combatir cada vez mejor y más intensamente, integrando la mayor cantidad de combatientes a la lucha revolucionaria; y, por el otro, el evitar un choque decisivo, precipitado por el enemigo, antes de disponer de las fuerzas suficientes para enfrentarlo. Por consiguiente, en toda esta etapa, todas las acciones deben subordinarse a la necesidad de acumular fuerzas y experiencias, y de elevar las formas de combate, eludiendo un enfrentamiento total con el adversario. Esta necesidad de acumular fuerzas y experiencias a través de la lucha, sin embargo, no tiene nada que ver con la actitud de los oportunistas, que eluden toda acción de importancia con el pretexto de que se es más débil que los reaccionarios y que pretenden acumular fuerzas de un modo puramente verbalista.

F.— LA LUCHA REIVINDICATIVA.

El combate reivindicativo que realizan las masas en torno a sus problemas más inmediatos y sentidos, debe constituir uno de los primeros pasos en el desarrollo de su lucha por el poder. Las acciones reivindicativas se basan en LAS contradicciones más directas y evidentes para las masas frente a sus explotadores: los bajos salarios, la falta de viviendas, la carestía de los artículos más indispensables. etc. Aunque, en algunos casos, ciertos sectores populares no comprendan la influencia decisiva de determinadas causas de fondo que originan en última instancia, la existencia de los problemas recién mencionados, tales como: la dominación imperialista sobre Chile, la existencia del latifundio, la acción regresiva de los monopolios nacionales, el control sobre el poder por parte de los reaccionarios y otras, no pueden dejar de percibir aquellas contradicciones que los afectan en forma directa

e inmediata y que dan origen a la lucha reivindicativa. Resulta más fácil, por lo mismo, iniciar el desarrollo de la lucha revolucionaria, partiendo de la acción reivindicativa, que emerge de la conciencia de las masas frente a los problemas que las afectan de un modo más claro y directo. Lo importante es considerar este tipo de lucha reivindicativa, sólo como un medio, como un punto de partida y no quedarse estancado en esta forma primaria de acción, cayendo en el economismo y perdiendo la perspectiva fundamental de la toma del poder y transformación revolucionaria del país. La lucha reivindicativa, por el contrario, debe subordinarse siempre a estos objetivos últimos, siendo utilizada para enseñar a las masas en forma práctica métodos cada vez más avanzados de combate y para despertar su conciencia acerca de las causas de fondo que determinan la existencia de sus problemas diarios, así como la insuficiencia de la lucha puramente económica mientras los reaccionarios permanezcan en el poder.

Para aproximarnos, en primera instancia, a un sector despolitizado de masas y comenzar a despertar su conciencia política y su combatividad, por lo tanto, es preciso que conozcamos sus problemas concretos y que seamos capaces de organizar y conducir la batalla reivindicativa en torno a ellos. A menudo, frente a sectores del pueblo con un bajo nivel ideológico, el planteamiento inicial y directo de los grandes problemas revolucionarios, sin atender, en primer lugar y fundamentalmente a sus problemas más sentidos, provoca la incomprensión e indiferencia hacia nuestros planteamientos y con ello la incapacidad de movilizar a dichos sectores. En tal caso, puede suceder, que cualquier demagogo que interprete más fielmente las necesidades inmediatas que los afectan, se conquiste con mayor facilidad su apoyo.

Lo anterior no significa, sin embargo, que no deba combatirse firmemente la actitud, aún más errónea y reaccionaria de los oportunistas y economistas, que se dedican a adormecer a las masas manteniéndolas atadas en forma exclusiva a sus acciones reivindicativas, renunciando a desarrollar su conciencia revolucionaria y a transformar dichas acciones, en una lucha por la toma del poder. Es preciso no olvidar jamás que, para los revolucionarios, la lucha reivindicativa es sólo un medio para que las masas aprendan a combatir y, desarrollando su conciencia política y el nivel mismo de su combatividad a través de la influencia de su Partido de vanguardia, se preparen para derrocar a los explotadores del poder.

La acción reivindicativa, por lo tanto, debe subordinarse a los objetivos de la lucha revolucionaria. Para lograr esto es necesario sacarla de los moldes habituales, por lo general de tipo legalista, dentro de los que los oportunistas y reaccionarios, se empeñan en mantenerla circunscrita, para transformarla, cada vez en mayor grado, en un combate destinado a destruir los medios represivos y de otra especie, que sirven de soporte a las clases dominantes.

A la luz de las consideraciones anteriores, se verá fácilmente el papel contra-revolucionario que han jugado en Chile los revisionistas que dirigen los partidos tradicionales de la izquierda, en la conducción de la lucha reivindicativa. Estos, en efecto, consideran como un triunfo el obtener un rápido arreglo de cualquier conflicto, en lo posible, sin que se llegue siquiera a la huelga o a la necesidad de promover el apoyo de otros sectores. Intentan, por lo general, resolver el problema en los pasillos del Parlamento o de los Ministerios burgueses, sin la participación activa y combatiente de los trabajadores. Transforman, de este modo, la "solución" de cualquier pliego o conflicto, en un fin en sí mismo y no en un medio para desarrollar la lucha de clases y trocársela en un combate por el poder.

Sin embargo, desde un punto de vista revolucionario, una lucha decidida de las masas, aunque no les haya significado obtener la totalidad de los objetivos propuestos, pero que les permita dar combates de grandes proporciones y agrupar en torno suyo y de la revolución a fuerzas considerables y dispuestas a seguir luchando, constituye un rotundo éxito. En

cambio, una conquista fácil entregada por los reaccionarios con el propósito de apaciguar a los trabajadores, no permite que éstos prueben y templen sus fuerzas en la acción. Una conquista así obtenida, posibilita que los reaccionarios la anulen muy pronto, operando desde el poder que controlan sin contrapeso, lográndose como resultado final un retroceso en la situación de los trabajadores y la pérdida de una oportunidad para que las masas se ejerciten en el combate lo que, objetivamente, constituye un retraso del movimiento revolucionario, aunque los oportunistas pretendan exhibirla como una victoria ⁽²⁰⁾.

Edición: Febrero 1966.

Segunda Edición: Santiago, 1969.

Tercera Edición Corregida: 1978.

Edición Digital preparada por: Archivo Revolucionario Comunista. Junio 2005, Chile.

Fuente: La presente edición ha sido digitalizada del libro “Recompilación de Documentos del Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario de Chile – Febrero 1966” (Págs. 133-226. Ediciones Marxista-Leninistas, Toronto, 1978).

Digitalizado y corregido por: D. E. P.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”,
CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)

© CEME web productions 2003 -2008

²⁰ A fin de allegar mayores antecedentes sobre la posición del Partido respecto a la lucha reivindicativa, es necesario considerar diversos documentos de nuestra organización, entre otros, el folleto sobre el Trabajo de Masas.